

Perry Anderson
Liberalismo y Socialismo en
Norberto Bobbio

A principios de 1848, con escasas semanas de distancia entre uno y otro, se publicaron en Londres dos textos antitéticos sobre la proximidad de la revolución europea. Uno era *El Manifiesto Comunista*, de Karl Marx y Friedrich Engels. El otro, los *Principios de economía política*, de John Stuart Mill. El primero declaraba famosamente que el espectro del comunismo recorría Europa y pronto se apoderaría de ella. El segundo, que utilizaba la misma imaginería con apenas menor seguridad, pero en el sentido opuesto, desdeñaba los experimentos socialistas tildándolos poco menos que de quimeras que nunca cobrarían realidad como sustitutos viables de la propiedad privada.¹ La antítesis provoca escasa sorpresa hoy día en nosotros. Hace mucho que el liberalismo y el socialismo se entienden convencionalmente como tradiciones intelectuales y políticas antagónicas, y con razón, en virtud tanto de la aparente incompatibilidad de sus puntos de partida teóricos —individuales y sociales, respectivamente— como de la historia real de conflictos, a menudo mortales, entre los partidos y movimientos inspirados por uno y otro. Sin embargo, al inicio mismo de esta contienda histórica, se produjo en su desarrollo un extraño corto circuito representado por la trayectoria del propio Mill. Los levantamientos de los sectores urbanos más pobres de las principales capitales de Europa y las sangrientas batallas que los siguieron despertaron una cálida solidaridad en Harriet Taylor, objeto de su afecto. Mill se dedicó a estudiar con mente más abierta las doctrinas sobre la propiedad comunal, y pronto —de hecho, en la misma obra *Principios de economía política*, en la edición corregida de 1849— dictaminó que la concepción de los socialistas en su conjunto era "uno de los elementos más valiosos para el mejoramiento humano que existen en la actualidad".² Rara vez se ha invertido un juicio

1 *Principles of Political Economy*, Londres, 1848, t. I, p. 255. El juicio de Mill se refería específicamente a los planes saintsimonianos, que —como explicaba— él consideraba la forma más seria del socialismo. En su autobiografía utiliza la misma frase para referirse a su concepción inicial de cualquier socialismo, que sólo se podía "considerar quimérico": *Autobiography*, Londres, 1873, p. 231.

2 *Principles of Political Economy*, Londres, 1849, p. 266. De las diversas versiones del socialismo, Mill decidía ahora que el fourierismo era la variante más hábil y poderosa, opinión que mantuvo hasta el final de su vida. Acerca de la diferencia entre la primera y la segunda edición de su obra, Mill escribió más tarde: "En la primera edición, se enunciaban con tal fuerza las dificultades del socialismo, que el tono en conjunto era de oposición a él. En el año o los dos años siguientes, se dedicó mucho tiempo al estudio de los mejores escritores socialistas del Continente, y a la meditación y discusión sobre toda la gama de temas relacionados con la controversia, y el resultado fue que la mayor parte de lo que se habla escrito sobre el tema de la primera edición fue eliminado, y sustituido por argumentos y reflexiones de un carácter más avanzado": *Autobiography*, cit., pp. 234-35s.

político fundamental tan rápida y radicalmente. A partir de entonces, Mill se consideró a sí mismo liberal y socialista; como dice en su *Autobiography*: "Considerábamos ahora que los problemas sociales del futuro consistirían en cómo unir la mayor libertad individual de acción con una propiedad comunal de las materias primas del mundo y una participación igual de todos los beneficios del trabajo combinado".³ Defendió la Comuna de París y murió trabajando en un libro sobre el socialismo que en su opinión debía ser más importante que su estudio sobre el gobierno representativo.

Las concepciones liberales del socialismo

La evolución de Mill, si bien sorprendente, se puede considerar idiosincrática o aislada. Pero no lo era. Habría de tener una sucesión distinguidísima. El filósofo más famoso de Inglaterra después de Mill reprodujo el mismo itinerario. En 1895, Bertrand Russell escribió el primer estudio en lengua inglesa sobre la socialdemocracia alemana, el principal partido de la Segunda Internacional, tras un viaje de estudios a Berlín. Aunque decidido simpatizante de los objetivos más moderados del SPD, "el punto de vista desde el cual escribí el libro — señalaba setenta años después— era el de un liberal ortodoxo".⁴ En aquel momento, Russell criticaba lo que él llamaba la "democracia sin límites" del programa Erfurt del partido y temía los "estúpidos y desastrosos experimentos" que de él derivarían si no era modificado para respetar las "desigualdades naturales".⁵ Dos décadas más tarde, él también había cambiado total y permanentemente de opinión. Lo que transformó su manera de pensar, como en 1848 había cambiado la de Mill, fue la primera guerra mundial. La obra que pensaba escribir conjuntamente con D.H. Lawrence, *Principles of Social Reconstruction* (Principios de reconstrucción social), y que apareció en 1916, aunque contenía cáusticos ataques contra el Estado, la propiedad privada y la guerra, todavía fue considerada insuficientemente intransigente por Lawrence, quien propugnaba por entonces una "revolución" que realizaría "la nacionalización de todas las industrias y los medios de comunicación, y de la tierra, de un solo golpe".⁶ Pero el siguiente libro de Russell, *Proposed Roads to Freedom* (Vías propuestas hacia la libertad), escrito durante su encarcelamiento por agitar contra la guerra, era un amplísimo examen del marxismo, el anarquismo y el sindicalismo, que se decidía inequívocamente por el socialismo gremialista (*Guild Socialism*) como "el mejor sistema practicable": la forma de propiedad comunal que consideraba más idónea para conducir a la libertad individual y para protegerse de los peligros de un Estado demasiado poderoso.⁷

Otro eminente contemporáneo que sufrió la misma transición fue el economista J.A. Hobson. Mejor conocido en general por su obra *Imperialism*, debido a que Lenin la utilizó y criticó en la que él escribiría más tarde sobre el mismo tema, Hobson era un liberal inglés convencido cuando la publicó en 1902. En este caso también, la causante del cambio de derrotero fue la primera guerra mundial. Para 1917, atacaba de hecho a la socialdemocracia de Europa occidental desde la izquierda, y escribía: "La estampida patriótica del socialismo en todos los países, en el verano de 1914, es un testimonio más convincente de su insuficiencia

³ *Autobiography*, cit., p. 232.

⁴ *German Social-Democracy*, Londres, 1965 (reedición), p. v.

⁵ *Ibid.*, pp. 141-43, 170.

⁶ Ronald Clark, *The Life of Bertrand Russell*, Londres, 1975, p. 263.

⁷ *Proposed Roads to Freedom*, Londres, 1919, pp. XI-XII, 211-12: "La propiedad comunal de la tierra y el capital, que constituye la doctrina característica del socialismo y del comunismo anarquista, es un paso necesario hacia la eliminación de los males de que sufre el mundo actualmente y la creación de una sociedad tal como cualquier hombre humano tiene que desear ver realizada".

para la tarea de derrocar al capitalismo que cuantos pudieran ofrecerse".⁸ Después de la guerra, Hobson dedicó sus mejores esfuerzos a desarrollar una teoría de la economía socialista que combinara las exigencias estructurales de la producción estandarizada para satisfacer las necesidades básicas, con las condiciones sectoriales necesarias para la libertad personal y la innovación técnica. El economista del super ahorro, cuya influencia Keynes reconocía en *The General Theory* (La teoría general), estaba por su parte escribiendo entre tanto un libro titulado *From Capitalism to Socialism* (Del capitalismo al socialismo).⁹

Estados Unidos proporciona un último ejemplo. Allí también, la mejor mente filosófica del país, John Dewey, liberal confeso y entero durante toda su larga carrera, trazó la misma curva. En su caso, no fue la primera guerra mundial¹⁰ sino la Gran Depresión lo que lo llevó a conclusiones tajantes. En su libro *Liberalism and Social Action* (Liberalismo y acción social), publicado en 1935, Dewey —señalando la ausencia histórica en Estados Unidos de la etapa benthamita, por oposición a la etapa lockiana, de lo que él consideraba la herencia liberal histórica— denunciaba claramente a las ortodoxias del laissez-faire como "apologéticas del régimen económico existente" que escondían sus "brutalidades y desigualdades". Continuaba, en el apogeo del New Deal: "El control de los medios de producción por los pocos que están en posesión legal de ellos opera como una herramienta permanente de coerción sobre los muchos"; y esa coerción respaldada por la violencia física es "especialmente recurrente" en Estados Unidos donde, en épocas de cambio social potencial, "nuestro culto verbal y sentimental a la Constitución, con sus garantías a las libertades civiles de expresión, publicación y reunión, prontamente se va por la borda". Dewey sólo veía una solución histórica para la tradición que continuaba defendiendo: "La causa del liberalismo estará perdida —declaraba—, sino está dispuesta a socializar las fuerzas de producción ahora disponibles", incluso —si es necesario— recurriendo a la "fuerza inteligente" para "someter y desarmar a la minoría recalcitrante". Los fines del liberalismo clásico requerían ahora la realización del socialismo, dado que "la economía socializada es el medio para el libre desarrollo individual".¹¹

Es oportuno recordar estos ilustres ejemplos hoy día, porque tras un importante intermedio estamos presenciando una nueva y significativa gama de intentos por sintetizar la tradición liberal y la tradición socialista. La obra reciente de C. B. Macpherson, en particular *The Life and Times of Liberal Democracy* (Vida y tiempos de la democracia liberal), acude de inmediato a la mente. La estudiada ambigüedad del libro de John Rawls, *Theory of Justice* (Teoría de la justicia), puede leerse —y algunos así lo han hecho— como el establecimiento de bases filosóficas para un proyecto similar. Más explícito en su intención es Robert Dahl, que ha defendido recientemente no sólo el pluralismo político sino también la democracia económica. Una generación más joven de escritores angloamericanos ha producido una serie

8 *The Fight for Democracy*, Manchester, 1917, p. 9.

9 El tratamiento que hace Hobson tanto de las razones a favor como de los límites para la socialización de los medios de producción tiene un tono notablemente moderno: ver *From Capitalism to Socialism*, Londres, 1932, pp. 32-48.

10 Dewey, tras oponerse inicialmente a la entrada de Estados Unidos en la guerra, participó en la campaña de Wilson en 1917, contra las enardecidas protestas de discípulos tan devotos como Randolph Bourne. El tono de su *German Philosophy and Politics* (1915) recuerda en muchos aspectos el antitético libro de Thomas Mann, *Reflexiones de un hombre apolítico* (1918) desde el otro lado. En él, inspirado por los famosos presagios de Heine, Dewey procura vincular el idealismo alemán con el militarismo alemán, enfrentándolo a un experimentalismo norteamericano propio de la democracia estadounidense. Este *Kulturpatriotismus* estaba en cierto grado matizado por el concluyente repudio de Dewey a toda la "filosofía de la soberanía nacional aislada" y su llamado a la creación de una legislación internacional más allá de ella. En los años veinte, los dilatados viajes de Dewey fuera de Estados Unidos contribuyeron sustancialmente al ensanchamiento de sus simpatías políticas.

11 *Liberalism and Social Action*, en John Dewey, *The Later Works*, 1925-1953, vol. XI, Carbondale-Edwardsville, Illinois, 1987, pp. 22, 46, 61-62, 63.

de obras que difieren en temperamento y propósitos, pero que son comparables por su inspiración política: *Models of Democracy* (Modelos de democracia), de David Held, y *Politics of Socialism* (La política del socialismo), de John Dunn, en Inglaterra; *On Democracy* (Sobre la democracia), de Joshua Cohen y Joel Roger, y *Capitalism and Democracy* (El capitalismo y la democracia), de Samuel Bowles y Herbert Gintis, en Estados Unidos. En Francia, Pierre Rosanvallon, entre otros, buscando recuperar las tradiciones liberales para la Segunda Izquierda, invita a reconsiderar la relevancia moderna, no sólo de Tocqueville, sino también de Guizot.¹²

1. BOBBIO: ANTECEDENTES, DESARROLLO

En ese paisaje actual destaca una figura por su significación moral y política: el filósofo italiano Norberto Bobbio.* Aunque es tal vez el teórico político con más influencia en su país y tiene también un amplio público en España y América Latina, Bobbio ha sido hasta ahora poco conocido en el mundo anglosajón. Cabe esperar que la reciente traducción al inglés de dos de sus obras principales —*Quale Socialismo? e Il Futuro della Democrazia*— modificará esta situación.¹³ Cualquier reflexión sobre las relaciones entre liberalismo y socialismo debe tomar en cuenta de una manera central la obra de Bobbio. Para que esto se comprenda es sin embargo necesario decir algo sobre la experiencia vital que está tras ella.

Norberto Bobbio nació en 1909 en Piamonte, y creció en lo que él describe como un "medio patriótico-burgués", entre "quienes habían resistido al fascismo y quienes se habían sometido a él". Cayó inicialmente bajo la influencia de Gentile, filósofo del régimen, y no rechazaba al principio el orden mussoliniano.¹⁴ Su primer adiestramiento fue en el campo de la filosofía política y la jurisprudencia, en la Universidad de Turín, entre 1928 y 1931. En aquel tiempo, recuerda, los nombres de Marx o el marxismo eran desconocidos en el salón de clases —menos oficialmente desterrados que considerados como intelectualmente muertos y enterrados— y la visión de Bobbio se formó principalmente en el historicismo de Croce, como la de muchos de su generación. Al mismo tiempo, su maestro de filosofía del derecho, Gioele Solari, procuró desarrollar un "idealismo social", también inspirado en Hegel, pero más progresista que la doctrina croceana de la simpatía política. A su debido tiempo, tras su trabajo de doctorado sobre la fenomenología alemana, Bobbio entró a mediados de los años treinta a formar parte de un medio intelectual turinense fuertemente liberal por sus convicciones, descendiente directo de la memoria de Piero Gobetti. Este ambiente produjo los

12 Nótese el arracimamiento de fechas: John Rawls, *A Theory of Justice*, Cambridge, Mass., 1971; C.B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy*, Oxford, 1977, y luego: Joshua Cohen y Joel Rogers, *On Democracy*, Nueva York, 1983; John Dunn, *The Politics of Socialism*, Cambridge, 1984; Robert Dahl, *A Preface to Economic Democracy*, Berkeley, 1985; Pierre Rosanvallon, *Le Moment Guizot*, París, 1985; Samuel Bowles y Herbert Bintis, *Democracy and Capitalism*, Nueva York, 1986; David Held, *Models of Democracy*, Cambridge, 1987.

* Quisiera expresar mi agradecimiento a Fernando Quesada y sus colegas del Instituto de Filosofía de Madrid, cuyo seminario sobre los teóricos modernos de la democracia, en 1986, me suscitó el reflexionar sobre Bobbio.

13 Polity Press, Londres, 1987; cada uno con una excelente introducción de Richard Bellamy. Editor y compilador merecen felicitaciones por la aparición de estas obras. Bellamy trata más ampliamente a Bobbio en su *Modern Italian Social Theory*, Londres, 1987, pp. 141-56. Las ediciones italianas originales eran *Quale Socialismo?*, Turin, 1976, e *Il Futuro della Democrazia*, Tien, 1983. La traducción inglesa de la primera comprende algunos ensayos no incluidos en el original italiano. Las referencias siguientes a las ediciones inglesas están abreviadas como WS y FD; las traducciones han sido a veces modificadas. La obra completa de Bobbio es enorme. Carlo Violi, *Norberto Bobbio: A Critical Bibliography*, Milán, 1984, publicado con motivo de sus setenta y cinco años, contiene más de seiscientos cincuenta textos, que no constituyen más que el sesenta por ciento de su producción. Gran parte de su trabajo se refiere a la teoría del derecho, que apenas mencionamos en adelante.

14 "Cultura vecchia e politica nuova", en *Politica e Cultura*, Turín, 1955, p. 198.

núcleos piamonteses de *Giustizia e Libertá*, la organización antifascista fundada por los hermanos Rosselli en Francia. Cuando su red cayó en una redada policiaca en 1935, Bobbio fue brevemente detenido como simpatizante. Tras su puesta en libertad, enseñó en las universidades de Camerino y luego Siena, antes de la segunda guerra mundial. Allí, se unió al movimiento liberal-socialista formado en 1937 por Guido Calogero y Aldo Capitini, dos filósofos de la Scuola Normale de Pisa. En 1940, se trasladó a la Universidad de Padua, que llegaría a ser el corazón de la Resistencia en el Véneto. En el otoño de 1942, colaboró en la fundación del *Partito d'Azione*, el ala política de la Resistencia en que convergieron *Giustizia e Libertá* y el movimiento liberal-socialista. Ya como miembro del Comité de Liberación Nacional en el Véneto, Bobbio fue arrestado por segunda vez por el régimen de Mussolini en diciembre de 1943; fue puesto en libertad tres meses más tarde.¹⁵

Al año siguiente, mientras la hucha se desarrollaba todavía en el norte de Italia, Bobbio publicó un breve trabajo polémico titulado *La filosofía del decadentismo: Un estudio sobre el existencialismo*.¹⁶ Este texto, vehemente denuncia del aristocratismo e individualismo de Heidegger y Jaspers en nombre de un humanismo democrático y social, deja claro el impacto que había tenido en él el movimiento obrero, que era la fuerza principal de la Resistencia en el norte. Bobbio explicaría más tarde: "Abandonamos el decadentismo, que era la expresión ideológica de una clase en decadencia, porque participábamos del trabajo y las esperanzas de una nueva clase". "Estoy convencido —continuaba—, de que si no hubiésemos aprendido del marxismo a ver la historia desde el punto de vista de los oprimidos, adquiriendo una nueva e inmensa perspectiva del mundo humano, no habría habido salvación para nosotros."¹⁷ Con tales palabras, Bobbio describía una reacción frecuente entre la pléyade de jóvenes intelectuales que se había incorporado al *Partito d'Azione*. El mismo era "uno de los que creían en la fuerza ya irresistible del Partido Comunista"¹⁸ y deseaban la acción común entre intelectuales y trabajadores para una reforma radical de las estructuras del Estado italiano.

La meta explícita de tales militantes del *Partito d'Azione* era precisamente realizar una síntesis del liberalismo y el socialismo. Como desde tiempo atrás ambos habían sido objeto de las imprecaciones fascistas, parecía lógico para muchos de sus pensadores reivindicarlos juntos. A sus ojos, tal sería la vocación específica del *Partito d'Azione*, que lo distinguiría de los partidos tradicionales de la clase trabajadora. Pero después de la Liberación, a pesar de su distinguido papel militar durante la Resistencia y su rica dote intelectual, el Partido no logró conquistar una posición duradera en la escena política italiana. Tres años después, desapareció. Nadie ha descrito las razones de su disolución final mejor que el propio Bobbio, que —una década más tarde— escribió:

Teníamos posturas morales claras y firmes, pero nuestras posturas políticas eran sutiles y dialécticas, y por tanto móviles e inestables, siempre en busca de inserción en la vida política italiana. Seguíamos careciendo de raíces en la sociedad italiana de aquellos años. ¿A quién dirigirnos? Moralistas ante todo, abogábamos por una renovación total de la vida política italiana, empezando por sus costumbres. Pero creíamos que para llevar a cabo esta renovación no era necesaria una revolución. En consecuencia éramos rechazados por la burguesía, que no quería ninguna renovación, y por la mayor parte del proletariado, que no quería renunciar a la revolución. Así pues, quedamos *tête-à-tête* con la pequeña burguesía, que era la clase menos inclinada a seguirnos; y no nos siguieron. En realidad fue un

15 Ver *Italia Civile. Ritratti e Testimonianze*, Florencia, 1986 (reedición), pp. 70-71, 95-96, 170, 276-77; *Italia Fedele. Il Mondo de Gobetti*, Florencia, 1986, pp. 157-58; *Maestri e Compagni*, Florencia, 1984, p. 191. Estos tres volúmenes de "retratos y testimonios" contienen gran parte de los escritos más personales de Bobbio.

16 Se publicó una traducción inglesa en Oxford University Press, en 1948.

17 "Liberta e potere", *Política e Cultura*, p. 281.

18 *Política e Cultura*, p. 199.

espectáculo bastante doloroso vernos —*enfants terribles* de la cultura italiana— mezclados con las capas más miedosas y débiles de la sociedad italiana, mentalidades en perpetuo movimiento tratando de establecer contacto con las mentalidades más perezosas y marchitas, provocadores de escándalos lanzando guiños de complicidad a los ciudadanos más timoratos y conformistas, moralistas superintransigentes predicándoles a los especialistas de la transacción. Durante toda la época en que el *Partito d'Azione* —líderes sin seguidores— estuvo activo como movimiento político, la pequeña burguesía italiana —seguidores sin líderes— fue indiferentista. Es fácil imaginar si era o no posible el matrimonio entre unos y otros...¹⁹

Debates y realineamientos

Este juicio —duro y cáustico— sobre la experiencia del *Partito d'Azione* refleja sin duda el estado de ánimo con que Bobbio se retiró de la actividad política directa, tras la disolución del Partido en 1947, y asumió una cátedra de filosofía del derecho en la Universidad de Turín. Pero aunque se dedicó principalmente a trabajar en su campo académico, no lo hizo de un modo exclusivo. En los años siguientes escribió una serie de elocuentes artículos en que criticaba la polarización de la vida intelectual y política de Italia durante la época álgida de la Guerra Fría. En ellos, impugnaba cortés pero agudamente las ideologías tanto del comunismo como del anticomunismo oficiales, el Congreso por la Libertad Cultural (desde su inicio) y los Partisanos de la Paz. Pero su principal interlocutor era el PCI. Lo que Bobbio quería era disuadirlo de una alianza incondicional con un Estado soviético que él contaba —"sin dejarme escandalizar por el hecho, ya que considero que refleja una dura necesidad histórica"— entre los regímenes totalitarios²⁰ y persuadirlo de la importancia permanente de las instituciones políticas liberales tal como existen en Occidente. Es difícil pensar en muchos otros escritores europeos que lograran un tono de cortesía y ecuanimidad comparables en esa época.²¹ El efecto de estas intervenciones fue marginal hasta después de la muerte de Stalin, cuando los cambios que tenían lugar en Rusia empezaron a aflojar un poco los corsets ideológicos del movimiento comunista italiano. Fue entonces cuando Bobbio publicó, en 1954, un artículo titulado "Democracia y dictadura", que tuvo resultados más significativos. Era una crítica serena pero severa de la concepción marxista tradicional de estos dos términos, que insistía en la subestimación histórica, por parte del marxismo, del valor del legado liberal de la separación y limitación de poderes, pero predecía que el PCI evolucionaría hacia una mayor comprensión y aceptación de ellas, "esencial para su cohabitación con el mundo occidental" en los años venideros.²²

Esa amonestación provocó una amplia respuesta del principal filósofo comunista de la época, Galvano Della Volpe, que le reprochaba a Bobbio haber regresado a las posiciones del liberalismo moderado de Benjamin Constant a principios del siglo XIX, y sostenía que el marxismo era, en cambio, heredero de la tradición democrática más radical de Jean-Jacques Rousseau, teórico de una *libertas minor* frente a la *libertas major* de Constant. Bobbio a su vez replicó a Della Volpe con un ensayo mucho más largo que su artículo original, "A

19 "Inchiesta sul Partito d'Azione", *Il Ponte*, VII, n. 8, agosto de 1951, p. 906. Paradójicamente los juicios retrospectivos de Togliatti sobre el Partido, en respuesta al mismo cuestionario, eran menos severos, ya que pudo escribir: "En esencia sólo había dos grandes corrientes de resistencia y de lucha eficaz y duradera contra el fascismo: una era la encabezada por nosotros los comunistas, la otra por el movimiento de Acción, y ni siquiera es seguro que la nuestra fuera siempre y en todas partes la más fuerte". *Il Ponte*, VII, n. 7, julio de 1951, p. 770.

20 *Politica e Cultura*, p. 48, un volumen que incluye las principales intervenciones de esta época: "Invito al colloquio", "Politica culturale e politica della cultura", "Difesa della liberta", "Pace e propaganda di pace", "Liberta dell'arte e politica culturale", "Intellettuati e vita politica in Italia", "Spirito critico e impotenza politica".

21 Tanto Russell como Dewey perdieron la cabeza al iniciarse la Guerra Fría.

22 *Politica e Cultura*, p. 149.

propósito de la libertad moderna en comparación con la de la posteridad", en el que desarrollaba su argumento y advertía a los comunistas, en un tono amistoso pero firme, que se guardaran de un "progresivismo demasiado ardiente" que corría el riesgo de sacrificar las conquistas de la democracia liberal existente en aras de la implantación de una futura dictadura proletaria, en el nombre de una democracia ulterior perfeccionada. El peso de esta segunda intervención fue tal que el propio Palmiro Togliatti consideró necesario responder a sus argumentos, bajo un pseudónimo, en *Rinascita*.²³ En su réplica a los contra-argumentos de Togliatti, Bobbio concluía con una evocación y un credo autobiográficos. De no haber estado profundamente comprometidos con el marxismo después de la Liberación, escribió

o bien habríamos buscado resguardo en el refugio de la vida interior, o nos habríamos puesto al servicio de los jefes. Pero, entre quienes nos salvamos de estos dos destinos, sólo unos pocos de nosotros conservamos una bolsita en la que, antes de tirarnos al mar, depositábamos para su salvaguarda los más saludables frutos de la tradición intelectual europea, el valor de la investigación, el fermento de la duda, la voluntad de diálogo, el espíritu crítico, la moderación en el juicio, los escrúpulos filológicos, el sentido de la complejidad de las cosas. Muchos, demasiados, se privaron de ese equipaje: o bien lo abandonaron, considerándolo un lastre inútil, o nunca lo tuvieron, por haberse lanzado al agua antes de tener tiempo de adquirirlo. No se los reprocho, pero prefiero la compañía de los otros. En realidad, sospecho que esa compañía está destinada a crecer, ya que los años traen sabiduría y los acontecimientos arrojan nueva luz sobre las cosas.²⁴

La tranquila confianza de la última frase resultaría justificada, por lo menos a largo plazo (como sin duda pretendía Bobbio). A corto plazo, el episodio de su debate con Della Volpe y Togliatti no tuvo una repercusión importante en la cultura política italiana, y permaneció relativamente olvidado durante los siguientes veinte años. No produjo una inmediata ampliación del público de Bobbio, que continuó trabajando principalmente dentro de la universidad. En 1964, el Partido Demócrata Cristiano en el poder se embarcó en una coalición con el Partido Socialista Italiano por primera ocasión, una vez que este último hubo roto sus vínculos con el Partido Comunista. Durante seis años, Italia fue gobernada por la fórmula llamada de Centro-Izquierda. Mucho más tarde, Bobbio describiría esta experiencia como, para bien o para mal, "el momento más feliz del desarrollo político italiano" en el periodo de posguerra.²⁵ Cabe preguntarse si Bobbio realmente sintió mucho entusiasmo en ese momento por los gobiernos poco ilustres de aquellos años. Pero una cosa es segura. En 1968, Bobbio ingresó por primera vez en el Partido Socialista Unificado recién fundado con la reunificación del PSI de Nenni y del PSDI socialdemócrata de Saragat. ¿Qué vino después? Un levantamiento popular masivo estalló en las universidades y las fábricas del país: el famoso 1968-69 italiano. El voto para el PSU recién unificado —en vez de aumentar— decayó vertiginosamente. Las clases medias italianas, asustadas ante la nueva militancia estudiantil y obrera, se deslizaron hacia la derecha, y el Centro-Izquierda expiró prontamente. Todas las subsecuentes referencias de Bobbio al 1968-69 están teñidas de reserva o amargura. A nivel nacional, su cálculo político había quedado bruscamente descartado. Al mismo tiempo, tuvo que enfrentar la turbulencia y el desorden de la rebelión estudiantil en su propio campo de actividad profesional.²⁶ No disfrutó de la experiencia más que la mayoría de sus colegas. Las

23 Ibid., p. 194; el título de la réplica de Bobbio era, por supuesto una paráfrasis deliberadamente irónica del famoso ensayo de Constant en 1818, *De la Liberté des Anciens Comparée á celle des Modernes*.

24 *Politices e Cultura*, pp. 281-82.

25 "La Crise Permanente", *Pouvoirs*, n. 18, 1981, p. 6.

26 Uno de sus propios hijos era además líder de *Lotta continua* y más tarde serla un historiador. Ver Luigi Bobbio, *Lotta Continua-Storia di una Organizzazione Rivoluzionaria*, Roma, 1979, una visión retrospectiva digna y profunda.

asambleas estudiantiles de la época parecían, en particular, haberlo escandalizado mucho, dejándole desagradables recuerdos que podemos leer entre las líneas de la polémica que, en una fase posterior de la política italiana, lo convertiría en figura central de los debates nacionales por primera vez.

Esto sucedió —sólo podía suceder— tras el reflujo de los grandes movimientos sociales, a fines de los sesenta y principios de los setenta. A fines de 1973, el Partido Comunista Italiano proclamó como objetivo un connubio estratégico con la Democracia Cristiana —el llamado Compromiso Histórico— y los años siguientes anunciaron su conversión teórica general a los principios del eurocomunismo. Veinte años después de su debate con Togliatti, las predicciones de Bobbio eran ahora plenamente reivindicadas. Se había abierto un terreno político finalmente favorable a sus tesis sobre la democracia y la dictadura, el liberalismo y el marxismo. Aprovechando la oportunidad, Bobbio escribió en 1975 dos ensayos claves en *Mondoperaio*, el periódico teórico del Partido Socialista: el primero sobre la falta total de teoría política en el marxismo, el segundo sobre la ausencia total de alternativas frente a la democracia representativa como forma política de una sociedad libre, con una clara advertencia contra las que él consideraba peligrosas ilusiones en contrario visibles en el proceso revolucionario que entonces se desarrollaba en Portugal.²⁷ Esta vez, las intervenciones de Bobbio despertaron un enorme interés en el público italiano y un gran número de políticos e intelectuales le replicaron, tanto desde el PCI como desde el PSI. Al final del amplio debate, Bobbio pudo —un año más tarde— congratularse por el consenso que creía poder discernir ahora en torno a sus ideas básicas. Para 1976, el PCI había renunciado formalmente al leninismo que él había criticado tiempo atrás y estaba a punto de obtener notables dividendos electorales que él consideraba benéficos. También el PSI estaba adaptando sus tradiciones. Con cierta satisfacción, Bobbio señalaba que el propio Pietro Nenni utilizaba oficialmente sus argumentos desde la tribuna del Cuadragésimo Congreso del Partido Socialista.²⁸ En 1978, fortificado por este recién estrenado prestigio, colaboró en el borrador de un nuevo programa del PSI, defendiéndolo contra quienes lo acusaban de ser muy poco marxista. Como consecuencia de esta influencia, Bobbio se convirtió en uno de los principales columnistas de política nacional en *La Stampa*: su primera práctica periodística regular desde la Liberación.

Aquellos fueron también los años en que Bettino Craxi ascendió hasta la cumbre del Partido Socialista, inicialmente en nombre de una renovación moral y política del socialismo italiano, lo que lo puso a la cabeza de las luchas por una mejor democracia cívica y secular en Italia. Bobbio, que como muchos miembros de su partido desconfiaba de la lógica corporatista del Compromiso Histórico, parece haber compartido la esperanza en una remodelación libertaria del PSI y en su papel potencial en una renovación nacional. La decepción no tardó en producirse. Los gobiernos de "Solidaridad Nacional" no rindieron su cosecha de reformas, sino la cizaña del terrorismo. La inestabilidad parlamentaria y la corrupción no disminuyeron: para 1981, Bobbio escribía que si se querían entender las realidades de la política nacional, "el mapa amarillento de la Constitución italiana" se podía tirar a la basura.²⁹ El PSI encabezado por Craxi se estaba convirtiendo en una maquinaria cada vez más cínica y autoritaria, subordinada a un culto al Líder disfrazado con una retórica decisionista casi calcada de Carl Schmitt. Los regímenes del *penta-partito* de los años ochenta, que amontonaban a la DC, el PSI, el PSDI, los republicanos y los liberales, todos juntos en una "insólita y, hasta entonces,

27 "Esiste una dottrina marxista dello stato?" y "Quali alternative alla democrazia rappresentativa?", reimpresso en *Quale Socialismo?*, cit., pp. 21-65, y ahora en WS, pp. 47-84.

28 *Quale Socialismo?*, cit., pp. 66-68; WS, pp. 86-87.

29 "La Crise Permanente", p. 12. Dada la importancia que Bobbio siempre ha atribuido a las normas constitucionales, el juicio apenas podría ser drástico. Veinte años antes había sido coautor de un libro de texto de educación cívica que explicaba la Constitución a los estudiantes de secundaria italianos: Norberto Bobbio y Franco Pierandrei, *Introduzione alla Costituzione*, Bari, 1960.

impensable combinación del centroderecha y el centroizquierda", él los considera diseñados para excluir cualquier alternativa más progresista, bajo el veto de Estados Unidos.³⁰ Hoy día, la posición de Bobbio se ha convertido de nuevo en la de un francotirador más o menos independiente, ahora senador vitalicio nominado por el presidente, una especie de par honorífico, conciencia moral del orden político italiano.

II. COMPLEXIÓN, LOCALIZACIÓN

Tal ha sido, aproximadamente, el *cursus vitae* de Norberto Bobbio: una vida que él calificó una vez como "un continuo, lento y difícil aprendizaje: tan difícil que casi siempre me ha dejado exhausto e insatisfecho, tan lento que todavía no está completo".³¹ ¿Cuál es su particular significación histórica? Dentro de la línea de pensadores que han buscado reconciliar el liberalismo y el socialismo, Bobbio difiere de sus principales predecesores en varios aspectos importantes. Uno de ellos es simplemente el campo de sus intereses particulares. Bobbio es un filósofo con una amplia formación, que se midió con la fenomenología de Husserl y Scheler antes de la guerra, el existencialismo de Heidegger y Jaspers durante la guerra, y el positivismo de Carnap y Ayer después de la guerra. Sus propias preferencias epistemológicas siempre han sido empíricas y científicas, siempre nítidamente a contrapelo de lo que él llama "la ideología italiana", congénitamente especulativa y de sesgo idealista.³² En ese aspecto, recuerda a Mill, Russell o Dewey. Pero a diferencia de ellos, Bobbio no es un filósofo original de gran estatura; menos aún, un economista, como Mill y Hobson. Sin embargo, si bien no ha hecho ninguna contribución comparable a la lógica o la epistemología, la ética o la economía, su comprensión de las principales tradiciones del pensamiento político occidental —desde Platón y Aristóteles hasta Aquino o Altusio, Pufendorf y Grocio, desde Spinoza y Locke, Rousseau o Madison, hasta Burke y Hegel, de Constant y De Tocqueville hasta Weber o Kelsen— es mayor, no sólo en cuanto a las épocas que abarca, sino en amplitud y profundidad. El dominio de Bobbio en la filosofía práctica está respaldado por su preparación en derecho constitucional y su familiaridad con la ciencia política. Un elemento de esta entrega profesional tiene especial consecuencia para el carácter de la obra de Bobbio. Conoce mucho mejor la historia del marxismo que cualquiera de sus predecesores inmediatos. Su comodidad filológica en las diversas tradiciones del materialismo histórico no es uniforme. Conoce bien a Marx como clásico; pero aunque le son familiares los textos de Kautsky y Lenin, los conoce de un modo más superficial, y cuando habla —por ejemplo— de Gramsci, puede cometer errores sorprendentes. Paradójicamente, sin embargo, esta limitación se puede considerar virtualmente como una ventaja, en el contexto de la cultura dominante de la izquierda italiana hasta los años setenta, una cultura casi ahogada por sus referencias demasiado exclusivas e internas al marxismo, que la conducían precisamente a aquellos abusos del "principio de autoridad" que Bobbio destacaría para criticarlos.³³ Su bagaje de no-marxismo o premarxismo, del que le hablaba Togliatti, le mantenía alejado de ellos, al igual que su temperamento, transparentemente tolerante, escéptico y democrático.

Otra diferencia es que las coordenadas políticas de Bobbio son en ciertos sentidos más complejas que las de sus principales predecesores. En efecto, él se sitúa en la encrucijada de tres grandes tradiciones contendientes. Por su formación primordial y su convicción, es un liberal. Pero el liberalismo italiano siempre ha sido un fenómeno aparte, dentro del conjunto

30 "Situación sobre la cual de nada sirve tender un velo piadoso"; "Introduzione", *Il Sistema Politico Italiano tra Crisi e Innovazione*, Milán, 1984, p. 21.

31 *Italia Civile*, p. 10.

32 *Profilo Ideologico del Novecento Italiano*, Turín, 1986, pp. 3-4. Esta obra es el más grande de los ejercicios de Bobbio en historia intelectual: una revisión brillante, si bien a menudo reveladoramente selectiva.

33 *Quale Socialismo?*, cit., p. 25; WS, p. 51.

europeo. En Inglaterra, su patria decimonónica, el liberalismo alcanzó una consumación pura en el mínimo Estado y el libre comercio de la época gladstoniana; a partir de entonces — como si su vocación histórica estuviese ya cumplida— poco más tenía que hacer excepto pasar por su breve epílogo social con Asquith y Lloyd George, y expirar como fuerza política. En Francia, por otra parte, el liberalismo como doctrina fue una expresión de la Restauración, que teorizaba las virtudes de la monarquía censitaria; hegemónico durante el régimen orleanista, mantenido en mera apariencia durante el Segundo Imperio, estaba por ello demasiado comprometido para sobrevivir al advenimiento de una Tercera República basada en el respeto absoluto al sufragio de los varones. Hay que destacar que en Alemania, el nacional-liberalismo capituló ante el conservadurismo prusiano con Bismarck, y abandonó sus principios parlamentarios para adherirse al éxito militar sobre Austria, y, tras esa abdicación política, cayó en un desorden económico cuando el libre comercio fue a continuación descartado por el Segundo Reich. Pero en Italia, al contrario que en Alemania, la unificación nacional se logró no sobre el cadáver sino bajo la bandera misma del liberalismo. Además, el liberalismo que emergió victorioso del Risorgimento tenía una doble legitimación: era a la vez la ideología constitucional de los moderados piemonteses, que codificaba la estructura de su dominio bajo la monarquía, y la definición secular de un Estado italiano creado contra la voluntad de la Iglesia romana.

Este éxito singular actuó como si por un largo tiempo el cumplimiento de la agenda liberal normal fuese superfluo en Italia. El nombre del liberalismo estaba tan plenamente identificado con la construcción de la nación y la causa del Estado laico que sus principales estadistas y pensadores apenas si sentían alguna necesidad de mejorar la honestidad electoral o ampliar las libertades políticas. Era el país en que el régimen manipulador y oligárquico de Giovanni Giolitti, con su gran dosis de violencia represiva y corrupción cooptadora, se definió como liberal hasta la Gran Guerra; donde la principal mente teórica del liberalismo económico, Vilfredo Pareto, pedía el terror blanco para aplastar el movimiento obrero y barrer la democracia parlamentaria; donde el mayor filósofo italiano, Benedetto Croce, paladín de su propio liberalismo ético, exaltó las masacres de la primera guerra mundial y aprobó la investidura de Mussolini en el poder. Sin embargo, deformaciones de este tipo ayudaron, entre otras cosas, irónicamente a preservar el vigor y el futuro del liberalismo italiano durante buena parte del siglo XX. En ningún otro país fue el destino del liberalismo tan polimorfo y paradójico. Precisamente debido a que sus ideales clásicos fueron a la vez tan ensalzados y burlados en Italia, conservaban un poder normativo radical que habían perdido en todos los demás países, y resultarían capaces de adoptar los modelos más inesperados y combustibles en oposición al régimen establecido. Bobbio mismo es una prueba de la ambigüedad de este legado. Trata las figuras de Giolitti y Pareto con respeto y admiración; la de Croce, a veces, casi con veneración.³⁴ La impronta del historicismo croceano en particular es muy fuerte en una vertiente de su pensamiento. Sin embargo, también subraya la indiferencia de la teleología filosófica de Croce ante todos los valores institucionales del liberalismo político que le es tan caro, su casi completa irrelevancia en la agenda práctica de la democracia moderna, la cual, según él, ha requerido una fundación atemporal de la ley natural, que era anatema para Croce.³⁵ El liberalismo del propio Bobbio es en esencia una doctrina de las garantías constitucionales de libertad individual y derechos cívicos en la tradición empírica de Mill, que él asocia especialmente con Inglaterra, y sus mayores héroes en Italia son aquellos pensadores que se pueden considerar próximos a ella: las figuras menos representativas de Carlo Cattaneo, que defendió Milán frente a los austriacos en 1848, y Luigi Einaudi y Gaetano Salvemini, que no se sometieron al fascismo en 1924.

34 "Una de las visiones más complejas e inspiradas y meditadas de este siglo": *Italia Civile*, cit., p. 92.

35 Ver "Benedeto Croce e il liberalismo", en *Politica e Cultura*, cit., pp. 253-68.

Un ramillete de híbridos

Ahora bien, por sí mismo, semejante punto de vista —por muy elocuente que lo exprese Bobbio— tiene desde luego poco de original en el siglo XX. Pero todo el interés del pensamiento de Bobbio deriva de la confrontación de ese liberalismo político clásico, mediado a través de la distintiva experiencia italiana, con otras dos tradiciones teóricas. La primera de ellas es el socialismo, y aquí también el contexto italiano fue formativo. Bobbio, cuando llegó a la izquierda, a fines de los treinta, ingresó en un campo intelectual y político que ya gozaba, por así decirlo, de una excepcional polinización cruzada. En las condiciones caleidoscópicas de la sociedad italiana después de la primera guerra mundial, en que tantos elementos sociales e ideológicos adoptaron bruscamente patrones desconocidos, el liberalismo no se desvaneció sino que adquirió ciertos colores nuevos y sorprendentes. Italia produjo en esos años el que sigue siendo el único gran estudio académico sobre el liberalismo europeo del siglo anterior: la *Storia del Liberalismo Europeo*, de Guido de Ruggiero, una obra no sólo de síntesis histórica sino de denodado compromiso político, terminada mientras el fascismo se consolidaba en el poder. De Ruggiero, un historicista con marcado respeto por la contribución alemana de Kant y Hegel a la idea europea de un *Rechtsstaat*, pertenecía al centro político. Pero podía escribir que

si recordamos la dureza cruel e inhumana desplegada por los liberales a principios del siglo XIX frente a los problemas sociales urgentes de su tiempo, no podemos negar que el socialismo, a pesar de todos los defectos de su ideología, ha sido un avance inmenso sobre el individualismo previo, y que, desde el punto de vista de la historia, ha estado justificado al intentar sumergirlo bajo su propia marea social.³⁶

Entre la generación siguiente, situada más a la izquierda, la fuerza gravitacional de una clase obrera insurgente —y a veces, tras ella, de la Revolución rusa— produjo una asombrosa variedad de intentos diferentes por fundir los valores proletarios y liberales en una nueva fuerza política. El primero y más famoso de ellos fue el programa para una "Revolución Liberal" de Piero Gobetti, que publicó a Mill en italiano y defendía el libre comercio, pero admiraba a Lenin y colaboró con Gramsci en *L'Ordine Nuovo*, antes de lanzar su propia *Rivoluzione Liberale*, en 1922. El de Gobetti era un liberalismo que llamaba a los trabajadores a conquistar el poder desde abajo y convertirse en los nuevos gobernantes de la sociedad, como la única clase capaz de transformarla. Se consideraba a sí mismo revolucionario en el pleno sentido de la palabra, y condenaba el socialismo italiano como demasiado reformista a la vez que expresaba toda su simpatía por el comunismo ruso.

Gobetti murió en Francia en 1926. Dos años antes, su periódico había publicado un ensayo de un joven socialista que criticaba las tradiciones del PSI, Carlo Rosselli. Encarcelado durante el régimen de Mussolini, en 1928 Rosselli escribió un libro titulado *Socialismo Liberale*, antes de escapar a Francia, donde fundó el año siguiente el movimiento *Giustizia e Libertá*. El proyecto de síntesis de Rosselli procedía de la dirección opuesta al de Gobetti. Admirando lo que creía saber del laborismo británico, buscaba purgar al socialismo de su herencia marxista y su encarnación soviética, y recobrar para él las tradiciones de la

³⁶ *The History of European Liberalism*, Oxford, 1927, p. 391; en una sección titulada "The Liberalism of Practical Socialism" (El liberalismo del socialismo práctico), se mezclan los propios sentimientos de Bobbio respecto a la obra de De Ruggiero. Tías confesar que en un tiempo la estimaba, le reprocha después de la guerra que sobreestime el valor del liberalismo alemán en general, y que exalte acriticamente la contribución de Hegel en particular, mientras, como Croce, subestima los logros del liberalismo inglés: "Lo que [los idealistas italianos] no podían percibir en la patria de Milton y Mill, creían encontrarlo en el país de Fichte y Bismarck": *Politica e Cultura*, cit., pp. 253-56. A pesar de estas objeciones, De Ruggiero anticipa varios de los temas del propio Bobbio, y durante la Resistencia participó activamente en la formación y dirección del *Pattito d'Azione*.

democracia liberal que consideraba conquistas fundamentales de la civilización moderna. Rosselli y su hermano fueron asesinados por fanáticos fascistas en 1937. Ese año, Guido Calogero y Aldo Capitini crearon en Pisa una corriente distinta que llamaron *liberal-socialismo*. El ligero matiz de diferencia en el nombre indicaba una posición intermedia entre las de Rosselli y Gobetti. Capitini, en particular, a la vez más religioso y más simpatizante de la experiencia soviética, proponía un orden social futuro que sería tanto "poscristiano" como "poscomunista", y que combinaría la máxima libertad legal y cultural con la máxima socialización económica. Calogero estaba más próximo a Rosselli, con una jerga más filosófica; rechazaba a Rusia como un Estado "totalitario", y se oponía a cualquier socialización general de los medios de producción. Cuando los dos movimientos confluyeron en el *Partito d' Azione*, en 1942, su defensa de la economía mixta como el medio adecuado para reconciliar la libertad y la justicia se mantuvo y pasó a formar parte del programa formal del partido. Pero fue impugnada dentro de él por otra corriente, que tenía por objetivo —tales cosas eran posibles en la época y el país—el Comunismo Liberal. Sus principales teóricos, Augusto Monti y Silvio Trentin, eran los descendientes más directos de Gobetti. Desde dentro de *Giustizia e Liberta*. Trentin había rechazado en los años treinta la idea de una economía de dos sectores, y había insistido en la necesidad de una socialización revolucionaria de las relaciones de propiedad, mientras al mismo tiempo proponía un Estado federal descentralizado —de corte proudhoniano— para salvaguardar la libertad frente a los peligros del despotismo político, una vez depuesto el capitalismo. Para estos pensadores, una revolución comunista era de todas maneras probable en Italia de posguerra, y la tarea consistía en idear las formas de la revolución democrática que vendría *después*, la cual la "enderezaría" históricamente.³⁷

Revolución liberal, liberalismo socialista, socialismo liberal, comunismo liberal: ¿ha producido alguna otra nación semejante gama de híbridos? Estos eran posibles en Italia porque no había habido tiempo para que ni la democracia burguesa ni la socialdemocracia se instalaran tras la primera guerra mundial y establecieran un marco estable de demarcación para la práctica de la política en el capitalismo. La década de fascismo significaba que el liberalismo era todavía una fuerza peculiarmente no consumada, mientras el socialismo se convertía en una fuerza relativamente indivisa, y que juntos se enfrentaban a un enemigo contra el cual la resistencia sólo podía en última instancia ser insurreccional. En estas condiciones, la Resistencia italiana podía desplegar cualquier tipo de generoso sincretismo. Bobbio es un heredero de ese momento excepcional, que fue —como a menudo se explicó— la principal experiencia política en su formación.

Más cercano personal y moralmente a Capitini, sus preferencias prácticas eran las de Calogero, aunque en su caso se combinaban con una lúcida noción de la probable fuerza del PCI después de la Liberación, que lo llevaría —de un modo más o menos ineluctable— a un compromiso mucho más profundo con la cultura marxista. Antes liberal, Bobbio se convirtió en esos años en socialista. Pero, como sus predecesores anglosajones, no fue sólo liberal antes de ser socialista, sino que en lo básico siguió siéndolo después. Ese liberalismo derivaba de un profundo compromiso con el Estado constitucional, más que cualquier vínculo particular con el libre mercado. Era, político, no económico: diferencia más claramente formulable en italiano que en otras lenguas, mediante la distinción (famosamente indicada por Croce) entre *liberalismo* y *liberismo*.³⁸ Por tanto, podía permitir un paso igualitario hacia el socialismo. Al

37 Sobre esta intrincada historia, ver los diversos relatos de Bobbio en *Italia Fedele*, cit., pp. 9-31; *Italia Civite*, cit., pp. 45-48, 249-66; *Maestri e Compagni*, cit., pp. 239-99; *Profilo Ideologico*, cit., pp. 151-63.

38 El ensayo de Croce, *Liberalismo e Liberismo*, escrito en 1928 y dirigido contra Einaudi, sostenía que la libertad era un ideal moral compatible con diversos regímenes económicos, y que por tanto no había que identificarla con la mera competencia y el libre comercio; una década más tarde utilizó los mismos argumentos contra Calogero para rechazarla noción de cualquier posible síntesis entre liberalismo y socialismo: "la libertad no soporta ningún adjetivo". En 1941, se negó a incorporarse al *Partito d'Azione* porque éste defendía la

explicar su propia concepción de la relación entre uno y otro, Bobbio escribiría mucho más tarde: "Personalmente tengo una opinión más alta del ideal socialista que del liberal". Porque, sostenía, el primero comprende al segundo pero no al revés. "Mientras la igualdad no se puede definir en términos de libertad, por lo menos en un caso la libertad se puede definir en términos de igualdad": a saber, "aquella condición en que todos los miembros de una sociedad se consideran *libres* porque son *iguales* en su poder"³⁹ Así pues, el socialismo es el término más amplio de los dos.

El contraste con Russell y Dewey

La lógica de estas convicciones recuerda a Mill o Russell, Hobson o Dewey. Lo que distingue la versión de Bobbio de la de ellos es la experiencia histórica de la cual surge. A diferencia de aquellos especímenes anteriores, el puente que tendió Bobbio del liberalismo al socialismo no fue un episodio intelectual relativamente aislado: pertenecía a un movimiento colectivo que desempeñaba un papel político central en una época de guerra civil y nacional. Las luchas, las pasiones, los recuerdos que están detrás de él son mucho más densos. Pero precisamente porque estaban mucho más prácticamente encarnados, estaban también más sujetos al veredicto de los resultados. Para Bobbio sólo había una nueva ideología verdadera de la Resistencia italiana: la del *Partito d'Azione*, que él llama "el partido de los socialistas liberales".⁴⁰ La nostalgia por el tiempo de esperanza que representó reaparece una y otra vez en sus textos. Pero siempre va acompañada por la ironía que ya hemos visto. El socialismo liberal era una "fórmula de élite", cuyas "posiciones doctrinales filosóficas" estaban "condenadas a ser derrotadas por las grandes fuerzas políticas reales, movilizadas por intereses muy concretos y poderosos impulsos, más que por silogismos perfectos".⁴¹

Las dos principales entre esas fuerzas eran, desde luego, la Democracia Cristiana y el Comunismo. Bobbio nunca tuvo mucho que decir sobre la DC. Era el PCI el que dominaba su horizonte de posguerra, en el diálogo o la polémica. Ya hemos señalado el insólito tenor de sus diálogos con él, en los años de la guerra fría. Estos debates marcan una división histórica que separa, de una manera fundamental, su manera de conjugar el liberalismo y el socialismo de la de sus predecesores. Estos se habían formado típicamente en un liberalismo cómodamente establecido y luego reaccionaron contra sus atropellos o sus fallas —la represión vengativa, la guerra imperialista, el desempleo masivo— buscando un socialismo que lo superase. Bobbio, en cambio, se hizo liberal y socialista en una especie de impulso único, en la Lucha contra el fascismo, y luego reaccionó contra los crímenes del socialismo establecido: el sistema de la tiranía de Stalin. El hecho de registrar esta diferencia no implica

distribución de la tierra entre los campesinos del Sur. Ver Giovanni Di Luna, *Storia del Partito d'Azione*, Milán, 1982, P-25.

³⁹ *Le Ideologie e il Potere in Crisi*, Florencia, 1981, pp. 29-30. Este volumen es en esencia una colección de los artículos de Bobbio publicados en *La Stampa* entre 1976 y 1980, textos en los que dice —con justicia— que "casi siempre trataba de vincular problemas del día con temas generales de filosofía política o ciencia política". Constituyen un ejemplo notable de un tipo de prosa pública que casi ha desaparecido del mundo de los diarios europeos.

⁴⁰ *Italia Fedele*, cit., p. 248. Hay una elipsis histórica en la descripción que sugiere cuán importante era para 61 esa síntesis, hasta el punto de producir cierta ilusión óptica. Porque el *Partito d'Azione* también contenía una fuerza importante que poco tenía que ver con el socialismo, surgida de los círculos bancarios y empresariales encabezada por Ugo La Malfa, el arquitecto en la posguerra del Partido Republicano que estaría políticamente cerca del capital industrial ilustrado. El recuerdo que tiene Bobbio del Perfil d'Azione lo omite una y otra vez. En realidad el grupo de La Malfa, centrado en la Banca Commerciale, tomó de hecho la iniciativa en la creación del *Partito d'Azione*, aceptando los ideales programáticos de los socialistas liberales sólo a regañadientes y tácticamente. También sobrevivió muy eficazmente a la desintegración final del Partido. Ver la excelente historia reciente de Giovanni De Luna, *Storia del Partito d'Azione*, cit., pp. 35-42, 347-65.

⁴¹ *Italia Fedele*, cit., p. 248.

minimizar la seriedad del compromiso que sostuvieron, en su momento, sus dos predecesores más cercanos, con las experiencias revolucionarias del siglo XX. Después de su visita a la URSS en 1920, Russell hizo el estudio más penetrante —y a menudo sobrenaturalmente profético— sobre el régimen bolchevique de la época de la guerra civil escrito por ningún observador extranjero.⁴² Dewey llegó a trabajar en China pocos días antes del Movimiento del 4 de Mayo, donde defendió la causa del gobierno de Cantón, criticando el papel del imperialismo británico y japonés en el país. Después viajó a Turquía a invitación de Kemal, a México en tiempos de Calles, donde vio las realidades del imperialismo norteamericano, que también existían en la Nicaragua de Sandino, y a Rusia antes del establecimiento de la colectivización. Escribió con simpatía sobre todo ello.⁴³ A fines de los años treinta, famosa y valientemente ayudó a hacer públicos los procesos de Moscú.

Sin embargo, ese compromiso seguía constituyendo en cierto sentido episodios honorables más que preocupaciones centrales de hombres para los que, por su origen y su contexto nativo, los movimientos revolucionarios modernos seguían siendo inevitablemente más bien distantes. Bobbio, recién salido de un movimiento de Resistencia cuya fuerza principal era el PCI, sólo separado por una frontera de la Revolución yugoslava y apenas un poco más de las recién creadas democracias populares, en un país cuya política interna estaba directamente en juego en el conflicto entre Occidente y Oriente, se hallaba en una situación histórica del todo diferente. Su compromiso con el socialismo era necesariamente de otro orden: a la vez mucho más tenso y más íntimo.

Una preferencia realista

Pero también hay otro elemento de la visión característica de Bobbio que lo separa de sus predecesores. Uno de los rasgos comunes más notables de la concepción de Mill, Russell y Dewey era su fe en el poder social de la educación. Las posibilidades del socialismo dependían fundamentalmente, para Mill, de la elevación cultural gradual de las clases trabajadoras, que sólo los procesos de educación a largo plazo podían lograr; hasta entonces siempre sería prematuro. La gran influencia de Dewey en Estados Unidos derivaba, desde luego, de la Escuela Laboratorio que fundó en Chicago, en la que desarrolló una variante racional-instrumental (por oposición de la variante romántico-expresiva) de la educación progresista; su libro más vendido en Estados Unidos siempre fue *Democracy and Education*. Russell combinaba la empresa pedagógica colectiva de Beacon Hill con la amplia defensa de sus principios en *Education and the Social Order* y otros escritos.⁴⁴ En los tres casos, la importancia soberana que se adjudicaba a la educación estaba vinculada a una concepción particular del intelectual como educador potencialmente ejemplar.

Bobbio, por otra parte, ha rechazado expresamente cualquier papel de ese tipo para los intelectuales, considerándolo, de hecho, como el característico espejismo de los pensadores de la preguerra italiana, que une a figuras tan diversas como Croce, Salvemini, Gentile, Gobetti,

⁴² *The Practice and Theory of Bolshevism* (Londres, 1920) es un texto asombroso por el número y la agudeza de sus premoniciones. Russell previó la probabilidad de una involución nacionalista y burocrática del Estado bolchevique, la escala futura de su industrialización y los probables límites de sus estrategias de la Tercera Internacional basadas en la experiencia rusa en Europa occidental; incluso entrevió algo como un distante equilibrio del terror nuclear. Su veredicto sobre la experiencia soviética no es nunca coherente del todo, y no tenía ninguna alternativa realmente creíble para el movimiento obrero de Occidente. Pero estas fallas apenas pesan frente a la excelencia del conjunto.

⁴³ Dewey describía a su regreso la época que pasó en China, como la etapa intelectualmente más redituable de su vida: se puede considerar como una especie de parteaguas en su desarrollo. Sobre sus repuestas a los levantamientos de los años veinte, ver sus *Impressions of Soviet Russia and the Revolutionary World: Mexico-China-Torkey*, Nueva York, 1929, especialmente el capítulo "Imperialism Is Easy", pp. 181 ss. Russell se cruzó con Dewey en Hunan y Pekín en 1921: véase su obra respectiva, *The Problem of China*, Londres, 1922, p. 224.

⁴⁴ El libro de Russell apareció en 1932; Dewey publicó un texto con el mismo título en 1936.

Prezzolini y el propio Gramsci en la ilusión común de que su tarea consistía en "educar a la nación".⁴⁵ Su escéptica reserva frente a programas de "reforma intelectual y moral" o las esperanzas demasiado ingenuas en el *Bildung* se ve inversamente acompañada por un marcado respeto por aquella tradición de "realismo político" que se ha preocupado especialmente del papel del poder y la violencia en la historia. Su influencia sobre Bobbio ha sido profunda. Esta tradición, observa, casi siempre ha sido una tradición conservadora.⁴⁶ En Europa, sus exponentes filosóficos supremos fueron Hobbes, teórico *par excellence* del absolutismo, para quien la ley sin espada no es más que papel, y Hegel, para quien la soberanía se pone a prueba no tanto por la imposición de la paz interna como en la guerra externa, medio perpetuo de la vida de las naciones. En Italia este realismo tomó la forma no de una racionalización especulativa sino de una exploración terrena de la mecánica del dominio, desde Maquiavelo hasta Mosca y Pareto. Bobbio ha sido un comentarista cuidadoso y sensible de los teóricos de la élite de su país, a los que debe ciertos elementos significativos de su concepción sociológica.⁴⁷ Pero en un sentido su apropiación del legado realista ha tomado su distancia de, o más bien modificado, la tradición específicamente italiana. Esta última ha tendido característicamente a resolverse en una obsesiva cultura de la política pura, es decir, de la política concebida como un mero concurso subjetivo por el poder *per se*, como Maquiavelo mismo la veía en esencia. Lo que no poseía esa tradición, en cambio, es un verdadero sentido del Estado, como un complejo impersonal y objetivo de instituciones. Las razones de esa carencia son bastante evidentes: la larga ausencia, y la posterior debilidad persistente, de un Estado nacional italiano. La originalidad de la forma en que Bobbio recibe la tradición realista italiana reside en su firme reorientación de la misma lejos de la política como tal —los intrincados mecanismos para ganar o perder el poder que tanto fascinaban a Maquiavelo o a Mosca, e incluso a Gramsci (y en un menudeo cotidiano y degradado al parlamento y a la prensa del país hasta el día de hoy) — y hacia las cuestiones del Estado que preocupaban mucho más a Madison, Hegel o De Tocqueville.

Hay dos puntos fijos en las siguientes reflexiones sobre el Estado. El primero es la incesante insistencia de Bobbio en que todos los Estados descansan, en última instancia, en la fuerza.⁴⁸ Para él, ésa es la gran lección pesimista del realismo conservador. Lección que compartían, señala, Marx y Lenin. Pero ellos combinaban una visión pesimista del Estado con una visión optimista de la naturaleza humana, que admitía la posibilidad de la eliminación final del uno mediante la emancipación de la otra, mientras que, para la corriente principal de la tradición realista, la incorregibilidad de las pasiones requería la permanente dureza del poder organizado para contenerlas.⁴⁹ Bobbio, sin pronunciarse directamente sobre esta cuestión, señala que en general "los estudios políticos le deben más a la visión a veces cruel de los conservadores que a las construcciones rigurosas pero frágiles de los reformadores".⁵⁰ Implícitamente, apoya a la tradición conservadora contra la marxista; el potencial irreductiblemente violento de las relaciones interestatales, más allá de toda reglamentación interna, es parte constitutiva de la naturaleza de la soberanía política como tal, para Bobbio.

45 "Le Colpe dei Padri", *Il Ponte*, XXX, n. 6, junio de 1974, pp. 664-67; *Profilo Ideologico del Novecento Italiano*, pp. 3-4. Bobbio rastrea la versión específicamente italiana de su idea hasta el legado de Gioberti al Risorgimento.

46 Bobbio desarrolla este tema en muchos textos. Ver, entre otros, *Saggi sulla Scienza Politica in Italia*, Bari, 1969, pp. 9, 197, 217; *Profilo Ideologico del Novecento Italiano*, cit., p. 17.

47 Ver en particular sus revaloraciones de Pareto y Mosca en *Saggi sulla Scienza Politica*, cit., publicados en el momento álgido de los levantamientos estudiantiles, contra cuyas ilusiones Bobbio apuntaba que debían servir como saludable antídoto; p. 252.

48 *Le Ideologie e il Potere in Crisi*, p. 165.

49 *Stato, Governo, Società*, Turín, 1958, pp. 119-25; *Quale Socialismo?*, cit., pp. 39-40; *WS*, pp. 62-63, 187-90.

50 *Saggi sulla Scienza Politica*, cit., p. 217.

Precisamente en la medida en que la lógica de la guerra resulta así independiente de las relaciones de clase internas, ha sido abandonada a su suerte por el marxismo. La historia y la teoría del conflicto militar son para Bobbio —tanto como para Hegel o Treitschke— parte necesariamente integrante de cualquier reflexión realista acerca del Estado. Paradójicamente, justamente esta idea del papel central de la guerra en el destino de la política es lo que también ha convertido a Bobbio —muy excepcionalmente en su país— en un firme oponente a la carrera armamentista nuclear, que sin embargo defiende una fórmula hobbesiana para lograr la paz internacional.⁵¹ Frente a las tradiciones que descienden de Spencer o de Marx, Bobbio rechaza expresamente cualquier creencia en la necesidad del progreso, en este campo menos que en cualquier otra cosa. En conjunto, la historia revela no tanto la astucia de la razón —un bien involuntario producido por un mal intencional— como la malignidad de la sinrazón: el mal involuntario que el bien intencional desata.⁵² Reconociéndole su lugar incluso a las pretensiones de un pensador como De Maistre, el pensamiento de Bobbio es un liberalismo simultáneamente abierto a los discursos socialista y conservador, revolucionario y contrarrevolucionario.

III. LA DEMOCRACIA REALMENTE EXISTENTE: DOS CRÍTICAS

¿Qué patrón han seguido, pues, las intervenciones teóricas de Bobbio durante los últimos treinta años? El hilo conductor de sus escritos en este periodo ha sido una defensa y una ilustración de la democracia como tal. Esta democracia él la define por los procedimientos más que sustantivamente. ¿Según qué criterios se define la democracia de Bobbio? En esencia, son cuatro. Primero, sufragio igual y universal de los adultos; segundo, derechos civiles que aseguran la libre expresión de las opiniones y la libre organización de las corrientes de opinión; tercero, toma de decisiones por una mayoría numérica; y cuarto, garantías a los derechos de las minorías contra cualquier abuso por parte de las mayorías. Así definida, insiste Bobbio incansablemente, la democracia es un método, la forma de una comunidad política, no su sustancia. Pero no por ello es un valor histórico menos trascendente. El marxismo, afirma, siempre ha cometido el error fundamental de subestimarla, en la medida en que el materialismo histórico se ha concentrado en otra cuestión enteramente distinta: la cuestión de quién gobierna en una sociedad dada, no la de cómo gobierna. Para Marx y Lenin, la primera problemática —que Bobbio llama el problema de los sujetos, más que el de las instituciones, del poder— opacó a la segunda completamente, hasta el punto de generar una fatal confusión entre la dictadura entendida como cualquier dominación por una parte o clase de la sociedad sobre otra, y la dictadura entendida como el ejercicio de la fuerza política exenta de cualquier ley, en la famosa definición de Lenin; es decir, entre dos significados completamente diferentes del término: como orden social en un sentido genérico y como régimen político en un sentido más estrecho.⁵³ Bobbio observa que ya había una tradición premarxista que aceptaba la necesidad de una dictadura revolucionaria para cambiar

51 Es decir, la concentración de un monopolio de la fuerza armada en un solo super-Estado con jurisdicción global. Bobbio contrasta esta solución jurídica con lo que llama la solución "social", clásicamente prevista por el marxismo, en la que la paz internacional se logra mediante la desaparición del Estado. No sostiene que la primera implicaría una pacificación general de las relaciones sociales, ya que el Estado sigue siendo una "institucionalización de la violencia"; pero sí que proporcionaría las condiciones para la eliminación de las armas nucleares, que hoy día exigen una objeción de conciencia incondicional, junto con un rechazo de la teoría de la disuasión que las justifica. Ver *Il Problema della Guerra e la Vie della Pace*, Bolofía, 1979, esp. pp. 8-10, 21-50, 79-82, 114-16, 202-06.

52 *Que Socialismo?*, cit., p. 102; WS, pp. 115, 209-12.

53 *Politica e Cultura*, cit., pp. 150-62.

la sociedad: la que va de Babeuf a Buonarotti pasando por Blanqui. Lo que había de nuevo en el marxismo era su transformación de esa noción clásica de dictadura —un gobierno a la vez excepcional y efímero, como lo concebían los romanos— en una sustancia universal e inalterable de todos los gobiernos antes del advenimiento del comunismo, es decir, de la sociedad sin clases.

Contra esta fusión teórica, Bobbio subraya la irremplazable importancia del surgimiento de instituciones liberales —parlamentos y libertades civiles— dentro de la que es ciertamente una sociedad sin clases, dominada por un estrato capitalista, pero que ejerce su dominio dentro de un marco regulador que garantiza ciertas libertades básicas a todos los individuos, de cualquier clase que sean. Esta democracia política representa, histórica y jurídicamente, una protección indispensable contra los abusos de poder. Liberal en sus orígenes en el siglo precedente, sigue siendo liberal en su formato institucional en este siglo. "Cuando utilizo el término democracia liberal —escribe—, no lo hago en un sentido limitativo" —ya que no podría haber una democracia no-liberal— sino para denotar "la única forma posible de democracia efectiva".⁵⁴ La función esencial de una democracia de ese tipo es asegurar la libertad negativa de los ciudadanos frente a la prepotencia —real o posible— del Estado: su capacidad de hacer lo que quieran sin un impedimento legal externo. Los mecanismos de esta garantía son duales, y estructuralmente indisociables: por una parte, derechos civiles en el nivel del individuo; por la otra, una asamblea representativa a nivel de la nación. El nexo entre unos y otra constituye lo que Bobbio llama el núcleo irreductible del Estado constitucional, cualquiera que sea el sufragio exacto en las diferentes épocas de su existencia. Como tal, constituye un legado que puede ser utilizado por cualquier clase social. Su origen histórico, sostiene Bobbio, es tan irrelevante para su uso contemporáneo como el de cualquier instrumento tecnológico, ya sea el ferrocarril o el teléfono. No hay motivo para que la clase trabajadora no pueda apropiarse este complejo en su propia construcción del socialismo, y tiene la mejor de las razones para hacerlo. Desde el punto de vista de Bobbio, tal como lo plantea haciéndose eco deliberadamente de los dogmas del materialismo histórico, "las instituciones liberales forman parte de aquella cultura material cuyas técnicas es esencial transmitir de una civilización a otra".⁵⁵

Democracia representativa versus democracia directa

En sus discusiones con Della Volpe y Togliatti, Bobbio no tuvo naturalmente dificultad alguna para demostrar el contraste entre este nexo institucional liberal y el estado de cosas reinante en la Unión Soviética, donde se había proclamado la dictadura del proletariado: según él, una dictadura *tout court*, con todo y la "fenomenología del despotismo de todos los tiempos", lo contrario de cualquier tipo de democracia.⁵⁶ Pero este contraste inicial sólo ha abarcado la mitad de sus pretensiones polémicas. Porque la democracia liberal también se tiene que distinguir y defender en el curso del tiempo contra otro enemigo, o por lo menos otro modelo. ¿Cuál es? La democracia liberal, siempre ha insistido Bobbio, es necesariamente representativa o indirecta. La única alternativa formalmente concebible frente a ella sería, por tanto, una democracia delegada o más directa. Para los años setenta, quedaban pocos defensores de la dictadura —supuestamente proletaria o no— en Italia. Pero no eran tan pocos los que pensaban que era posible y deseable una forma más directa de democracia que el orden parlamentario prevaleciente. Contemplaban la posibilidad de una democracia conciliar que sería tan estructuralmente adecuada al socialismo avanzado como la democracia representativa es adecuada para el capitalismo avanzado. Ellos eran el verdadero objetivo de

54 Ibid., p. 178.

55 Ibid., pp. 153-54, 142.

56 Ibid., p. 157.

las intervenciones teóricas de Bobbio entre 1975 y 1978. Su ataque central estaba dirigido contra lo que él llamaba el "fetichismo" de la democracia directa. No negaba el largo pedigríe de esta idea desde la Antigüedad hasta Rousseau, antes de quedar integrada en la tradición del materialismo histórico. Pero sí negaba su validez o aplicabilidad a las sociedades industriales de hoy.

¿Cuáles son sus argumentos contra ella? Se trata de argumentos dobles: estructurales e institucionales. Sobre bases históricas generales, Bobbio reitera el conocido argumento de que la mera escala y complejidad de los Estados modernos impide *ab initio* la participación popular directa en la toma de decisiones a nivel nacional, como posibilidad técnica. Esto no significa, continúa Bobbio, que en consecuencia él considere al Estado representativo existente como el *ne plus ultra* de la evolución democrática. La democracia representativa y la democracia directa no son antitéticas, sino que componen un continuum de formas. En ese continuum, "ninguna forma es buena o mala en sentido absoluto, sino que cada una es buena o mala según el tiempo, el lugar, las cuestiones, los agentes".⁵⁷ Esa contextualización parece calificar la desnudez del contraste inicial que establece Bobbio entre la democracia directa y la representativa. Pero en la práctica, Bobbio critica o rechaza toda forma institucional específica de democracia directa a la que hace referencia. En primer lugar, los referéndums — principal elemento de ese tipo de democracia en la Constitución italiana de posguerra, que la distingue de sus contrapartidas más conservadoras en el resto de Europa occidental— pueden ser tolerables para poco frecuentes consultas de la opinión pública cuando esta última está dividida en partes más o menos iguales en torno a un problema grande y simple. Pero son totalmente inadecuados para el grueso del trabajo legislativo, que excede con mucho la capacidad del ciudadano ordinario para mantener su interés por los asuntos públicos, ya que los votantes no pueden decidir sobre una nueva ley todos los días, como debe hacerlo la Cámara de Diputados italiana. Además, en los referéndums —asevera Bobbio— el electorado resulta atomizado, privado de sus guías o mediadores normales bajo la forma de los partidos políticos. Por esta razón, Bobbio deplora su multiplicación en los años recientes.⁵⁸

Tampoco las asambleas populares —tal como las concibiera Rousseau— son viables como mecanismos de una democracia directa en las sociedades modernas. Practicables todo lo más en las pequeñas ciudades-Estado de la Antigüedad, tales cuerpos son físicamente imposibles en las naciones-Estado contemporáneas, con sus millones de miembros. Además, incluso cuando han funcionado brevemente a nivel local, en pequeñas circunscripciones, han resultado demasiado a menudo fácilmente distorsionables por la demagogia o el carisma, como lo demostró la triste experiencia del movimiento estudiantil. Los mandatos revocables, por su parte —elemento central de la concepción de una democracia más directa para Marx o Lenin— son activamente nefastos, porque son históricamente típicos, según Bobbio, de las autocracias en las que el tirano puede despedir a sus funcionarios en cualquier momento. Su complemento positivo, el mandato imperativo, por otra parte, existe *de facto* en el moderno parlamentarismo europeo, bajo la forma de la férrea disciplina de los partidos sobre sus diputados, y como tal es un punto débil, que hay que lamentar, de la democracia ya existente, más que un punto fuerte de cualquier democracia futura. La noción misma de un mandato vinculante es, para Bobbio, incompatible con el principio de que los diputados representan intereses más generales que sectoriales, que él considera esencial de la democracia parlamentaria.⁵⁹ Así, en realidad, la forma en que Bobbio acepta que algunos elementos de la democracia directa se podrían integrar como complementos en las instituciones representativas es en buena medida nominal. El único ejemplo que menciona con verdadera

57 *Quale Socialismo?*, cit., p. 98; WS, p. 112.

58 *Quale Socialismo?*, cit., p. 59; WS, p. 79; "La Crise Permanente", pp. 10-11, donde Bobbio describe el "estallido" de referéndums de los años setenta como culpable de "lesa democracia".

59 *Quale Socialismo?*, cit., pp. 59-62; WS, pp. 80-82.

aprobación son las reuniones de profesores de facultad. El sentido de su postura se expresa en el rechazo de la idea misma de la democracia directa, formulado por Bernstein y Kautsky, que él cita como inspiración de su propia visión del problema.⁶⁰

Las promesas incumplidas y el aislamiento de la democracia

Defensa de la democracia representativa; crítica de la democracia directa; rechazo a la dictadura revolucionaria. En sus líneas generales, los temas de Bobbio hasta aquí se podrían comparar con la doctrina de cualquier liberal lúcido, o leerse como una adhesión más o menos incondicional al status quo occidental. ¿Dónde empieza su anticonformismo, para no hablar de su socialismo? Hay que buscarlo en su crítica a la democracia representativa que tenemos, y que él por lo demás elogia. Aquí reside el punto verdaderamente neurálgico del pensamiento de Bobbio, donde las tensiones intelectuales que lo permean y le confieren todo su interés político y teórico se pueden ver más claramente. Porque, por una parte, Bobbio enumera una serie de procesos objetivos que, según él, tienden a disminuir y minar la democracia representativa tal como él la valora: es decir, como el esquema clásico de un Estado liberal-constitucional basado en el sufragio universal de los adultos, cuyo modelo se generalizó en toda la zona capitalista avanzada después de la segunda guerra mundial. ¿Cuáles son estos obstáculos que se oponen cada vez más al funcionamiento de la democracia representativa? Se pueden resumir aproximadamente como sigue.

En primer lugar, la autonomía del ciudadano individual ha quedado completamente eclipsada por el predominio de la organización a gran escala. El tamaño y la complejidad de las modernas sociedades industriales necesariamente hacen impracticable el tipo de avenimiento de las voluntades individuales en una voluntad colectiva postulada por el pensamiento liberal-democrático clásico. En su lugar surge un conflicto de agrupamientos consolidados y oligárquicos cuya acción recíproca —ya sea en el nivel político-partidario o en el nivel socioeconómico— toma típicamente la forma de una negociación corporativa que socava el principio mismo de la libre representación tal como lo entendían Burke o Mill. La entrada de las masas en el sistema político, con el advenimiento del sufragio universal, no ha contrarrestado estas tendencias. Más bien, ha generado ella misma, fatalmente, una burocracia hipertrofiada en el Estado, que es el resultado de las justificadas presiones populares en favor de la creación de administraciones de beneficencia y seguridad social, que luego, paradójicamente, se hacen cada vez más estorbosas e impermeables a cualquier control democrático. Entre tanto, los avances tecnológicos de las economías hacen que su coordinación y dirección gubernamental sea una función cada vez más compleja y especializada. El resultado es abrir una brecha insalvable entre la competencia —o más bien incompetencia— de la aplastante mayoría de los ciudadanos en ese campo, y la calificación de aquellos pocos que, de manera exclusiva, saben algo del asunto: así pues, es inevitable que se constituya una tecnocracia. Por su parte, además, los ciudadanos de las democracias occidentales tienden a hundirse cada vez más profundamente en la ignorancia y la apatía cívicas; ignorancia y apatía cuidadosamente mantenidas por los medios dominantes de obnubilación comercial y manipulación política. La consecuencia es que los verdaderos electores evolucionan exactamente hacia el opuesto de los sujetos bien informados y políticamente activos que debían constituir la base humana de una democracia operativa, a los ojos de los teóricos clásicos del liberalismo. Finalmente —y aquí Bobbio se suma a un estribillo generalizado en los años setenta— la combinación de múltiples presiones corporativas, peso inmanejable de la burocracia, aislamiento de los tecnócratas, masificación de la ciudadanía, constituye una "sobrecarga" de demandas cruzadas sobre el sistema político,

60 *Il Futuro della Democrazia*, cit., pp. 34-41; *FD*, pp. 47-52; *Quale Socialismo?*, cit., pp. 94-95; *WS*, pp. 109-10.

que sabotea su capacidad de tomar decisiones eficaces by lo lleva a una parálisis y un descrédito cada vez mayores.⁶¹

Tal es la primera línea de críticas que lanza Bobbio contra nuestro actual orden político. Resume el gravamen total de sus cargos al hablar de las "promesas incumplidas" de la democracia representativa: las expectativas de libertad a las que no ha podido hacer honor. Pero al mismo tiempo insiste en que tales promesas nunca se habrían podido satisfacer. Porque los obstáculos históricos contra los cuales se han estrellado no eran contingentes. Para Bobbio todos los procesos que enumera tan sin contemplaciones, y que han marchitado las esperanzas de los teóricos clásicos de la democracia liberal, son implacables: otras tantas transformaciones objetivas de nuestras condiciones de coexistencia social de las que nadie puede escapar. Son, por así decirlo, deficiencias *necesarias* de la democracia representativa establecida.

Pero al mismo tiempo, a veces en los mismos textos, Bobbio presenta una serie de críticas a esta democracia cuyo efecto es diametralmente opuesto. Aquí, la objeción a la democracia parlamentaria contemporánea no se refiere a las promesas que ésta no ha cumplido, sino a las que nunca formuló. Porque lo que Bobbio anota en su registro es la ausencia general de cualquier democracia en las sociedades occidentales fuera del precinto de las instituciones legislativas mismas. Se sujeta a los parlamentos a uno u otro lado de un yugo estructural rígido. Por una parte, el Estado mismo comprende aparatos administrativos de carácter profundamente autoritario que, como él dice, típicamente preexistían a la llegada de la democracia representativa y siguen siendo en gran medida recalcitrantes a aceptarla. "Lo que en bien de la brevedad llamamos 'Estado representativo' siempre ha tenido que partir del supuesto de la existencia de un Estado administrativo que obedece una lógica de poder enteramente distinta, que desciende de arriba más que ascender desde abajo, que es secreta, más que pública, y que se basa en la jerarquía más que en la autonomía", y "el primero nunca ha logrado someter enteramente al segundo".⁶² El ejército, la burocracia y los servicios secretos constituyen la cara oculta de la democracia parlamentaria. "Incluso la mejor constitución muestra sólo la fachada del enorme y complicado edificio del Estado contemporáneo. Revela poco o nada de lo que está detrás o dentro de él. Para no hablar de los sótanos que se hallan debajo."⁶³

Además, fuera del Estado, las instituciones características de la sociedad civil exhiben una falta virtualmente uniforme de democracia. Los principios representativos ocupan un espacio relativamente pequeño en la vida social en su conjunto. En las fábricas, escuelas, iglesias o familias, la autocracia de uno u otro tipo continúa siendo la regla. Bobbio no trata la ausencia de democracia en tales instancias como si tuviera una significación intercambiable. Pone el énfasis allí donde lo ponía el marxismo clásico. Al señalar que "las instituciones que el ciudadano logra controlar son cada vez más ficticias como centros de poder", escribe que "los diversos centros de poder de un Estado moderno, como la gran empresa, o los principales instrumentos de poder real, como el ejército y la burocracia, no están sujetos a ningún control democrático";⁶⁴ "el proceso de democratización no ha empezado siquiera a arañar la superficie de los dos grandes bloques de poder descendente y jerárquico de toda sociedad compleja: las grandes corporaciones y la administración pública".⁶⁵ Su veredicto general sobre el equilibrio de poderes dentro del orden occidental es inequívoco: "Incluso en una sociedad democrática,

61 Ver *Il Futuro della Democrazia.*, cit., pp. 10-24; FD, pp. 28-39: aquí la argumentación de Bobbio está en cierta forma menos bien articulada que de costumbre. No hay en realidad, analíticamente, mucha distinción entre sus "promesas incumplidas" y sus "obstáculos imprevistos".

62 *Quale Socialismo?*, cit., p. 63; WS, pp. 82-83.

63 *Le Ideologie e il Potere in Crisi*, cit., p. 170.

64 *Quale Socialismo?*, cit.; WS, p. 43.

65 *Il Futuro della Democrazia*, cit., p. 47; FD, p. 57.

el poder autocrático está mucho más difundido que el poder democrático".⁶⁶

Para remediar tales patrones autocráticos, Bobbio defiende una democratización de la vida social en general. Con esto, quiere decir principalmente la difusión de los principios de una democracia representativa más que de la democracia directa: es decir, la extensión de los derechos de libre organización y decisión ahora confinados a las urnas políticas, hasta las células básicas de la existencia cotidiana —el trabajo, la educación, el ocio, el hogar— de la ciudadanía, siempre que dicha extensión sea practicable. "El problema actual de la democracia —escribe—, ya no se refiere a 'quién' vota, sino a 'dónde' votamos."⁶⁷ Plantear esta segunda cuestión no es utópico hoy día, ya que Bobbio sostiene que el desarrollo social mismo tiende hacia esta solución. Así, escribe que "somos testigos de la extensión del proceso de democratización", proceso en el que "formas muy tradicionales de democracia, como la democracia representativa, están infiltrando nuevos espacios, ocupados hasta ahora por organizaciones jerárquicas o burocráticas". En estas circunstancias, señala, "considero justificado hablar de una genuina encrucijada en la evolución de las instituciones democráticas".⁶⁸

La antinomia irresuelta

Ahora bien, la contradicción —la incompatibilidad fundamental— entre este registro del pensamiento de Bobbio y el anterior es patente. Aquí insiste en las *innecesarias* deficiencias o límites de la democracia representativa. Es decir, se refiere a unas deficiencias que presenta como potencialmente superables mediante una extensión de los propios principios democráticos, más allá de sus límites existentes: más profundamente hacia el interior del Estado y a lo largo y ancho de la sociedad civil. No puede caber duda de la sinceridad de estas propuestas. ¿Pero cómo puede semejante crítica ser relevante para un orden político que no puede siquiera realizar sus propios principios *dentro* de sus límites actuales, y no por falta de voluntad subjetiva, sino bajo el peso de irresistibles presiones objetivas? *O bien* la democracia representativa está fatalmente condenada a una contracción de su sustancia, o es potencialmente susceptible de una amplificación de esa sustancia. Ambas cosas no pueden ser simultáneamente ciertas. A veces Bobbio parece darse cuenta de esto y trata de suavizar la dificultad con fórmulas como: "buscamos cada vez más democracia en condiciones cada vez peores para obtenerla".⁶⁹ Pero esa conciencia es pasajera. En general, Bobbio no parece realmente consciente de cuán radical y central es esa contradicción para su discurso en conjunto. La antinomia básica de su teoría de la democracia nunca se convierte en objeto directo de una reflexión sobre su significado.

¿Cómo se explica esto? La respuesta parece ser que la contradicción es precisamente el resultado involuntario de la peculiar posición de Bobbio en la confluencia de las tres diversas corrientes de pensamiento de que hablamos antes. En efecto, lo que ocurre es que somete a su ideal favorito —la democracia liberal— a dos tipos opuestos y antagónicos de crítica. La primera de ellas es conservadora: en nombre de un realismo sociológico que mucho debe a Pareto y Weber, señala todos aquellos factores que despiadadamente tienden a despojar al Estado representativo de su vitalidad y valía, convirtiéndolo cada vez más en una decepcionante sombra de sí mismo. La segunda es socialista: en nombre de una concepción de la emancipación humana (y no sólo política) derivada de Marx, señala todas las áreas de poder autocrático de las sociedades capitalistas que el Estado representativo deja completamente intocadas, con lo cual se priva a sí mismo de las únicas bases sociales que lo

66 *Quale Socialismo?*, cit., p. 100; WS, p. 113.

67 *Quale Socialismo?*, cit., p. 100; WS, p. 114.

68 *Il Futuro della Democrazia*, cit., 48-45; FD, pp. 54-56.

69 *Quale Socialismo?*, cit., p. 46; WS, p. 69.

convertirían en una verdadera soberanía popular. Bobbio acumula las dos concepciones, sin poder hacer su síntesis. En realidad, son irreconciliables.

Si ello es así, podemos suponer que el propio Bobbio no podría mantener un equilibrio entre ambas: la tentación de un realismo conservador y la solicitud de un radicalismo socialista. Para ver la suma total de su pensamiento aquí, es necesario plantearle la pregunta que sirve de título a uno de sus ensayos más importantes. ¿Qué socialismo, finalmente, defiende Norberto Bobbio? A primera vista, la respuesta parece suficientemente obvia: una socialdemocracia moderada. Bobbio mismo propone virtualmente esa definición. Un tema recurrente de sus escritos ha sido el contraste entre los beneficios que ha disfrutado Europa del Norte gracias a la eficaz reforma del gobierno por la socialdemocracia, en contraste con las penalidades en que ha incurrido Italia como resultado de las divisiones de un movimiento obrero incapaz de desafiar la arrogancia y la corrupción de la hegemonía demócrata-cristiana. En los años cincuenta, Bobbio invocaba la experiencia positiva de la administración Attlee en Inglaterra, indirectamente, contra el PCI.⁷⁰ En los años sesenta describía el periodo formativo de la política italiana después de la primera guerra mundial como una época de trágico extremismo en que las fuerzas opuestas pero relacionadas de la izquierda subversiva y la derecha subversiva aplastaron los mejores impulsos del conservadurismo moderado y el reformismo moderado, con desastrosas consecuencias para la democracia italiana.⁷¹ En los años setenta criticaba la formal defensa que hacía el PCI de una "Tercera Vía" entre el stalinismo y la socialdemocracia como una retórica estratégicamente vacía, que sólo servía para ocultar la necesidad de una elección nítida entre los métodos dictatoriales y los métodos democráticos para lograr el cambio social: las únicas dos opciones posibles. Las declaraciones sobre la particularidad de Italia como base para una Tercera Vía superior eran presunción intelectual, como si este país atrasado —cuyas peculiaridades relevantes eran sólo la mafia, la corrupción oficial, la evasión de impuestos, la ineptitud burocrática y el clientelismo, la economía negra y el terrorismo— pudiera dar lecciones a las sociedades más modernas de Europa.⁷² En realidad, comentaba Bobbio, discursos ceremoniales aparte, "¿cómo se puede describir la práctica hasta la fecha de los dos principales partidos de la izquierda italiana si no como, en la hipótesis más benevolente, socialdemocrática?": "digo benevolente porque para decir la verdad, en comparación con la práctica de los partidos socialdemócratas más avanzados, el centroizquierda ya experimentado y el Compromiso Histórico apenas propuesto sólo se pueden describir, el primero, como una improvisación y el segundo, como un retroceso". Concluía su veredicto sobre la Tercera Vía de los años de Berlinguer con estas palabras:

Una vez que se excluye al leninismo como inaplicable en las sociedades avanzadas, que son de cualquier manera tan distintas de Rusia o China como para resultar incomparables, francamente no veo cómo el movimiento obrero italiano puede evitar afluir hacia el gran río de la socialdemocracia, abandonando el fascinante pero inescrutable proyecto de cavar un cauce propio, en el que la corriente con toda probabilidad sería débil en su ímpetu y corta en su curso.⁷³

La forma en que Bobbio refrenda la socialdemocracia, aunque aparentemente nada ambigua en su juicio, expresamente se refiere más a los métodos que a los fines. No suscribe el tipo de sociedad sobre la que ha presidido hasta ahora la socialdemocracia en Occidente, y no excluye la posibilidad de una tercera —y en tal caso, señala, un cuarto o un quinto—

70 *Politica e Cultura*, cit., p. 150.

71 *Profilo Ideologico*, cit., pp. 114-15.

72 *Le Ideologie e il Potere*, cit., pp. 124-25.

73 *Ibid.*, pp. 126-27.

modelo de sociedad, alternativo y preferible a los dos modelos antagónicos ahora existentes, como algo distinto de una tercera vía hacia uno de ellos. El punto esencial es que cualquier avance hacia el socialismo en países con instituciones liberales debe preservarlas y proceder a través de ellas. El realismo histórico de Bobbio le impide negar que ha habido otras vías hacia la superación del capitalismo en otras épocas u otras zonas. La democracia no es un valor suprahistórico. "El método democrático es una posesión preciosa, pero no es adecuado para cualquier lugar y cualquier tiempo." En particular, puede haber situaciones de emergencia o de levantamiento revolucionario, "transiciones violentas de un orden a otro", en las que resulta inaplicable.⁷⁴ Bobbio no se encuentra bajo la ilusión de que el orden liberal mismo haya cobrado existencia liberalmente. Se forjó en "una dura lucha" contra los *anciens régimes*, librada por una "minoría de intelectuales y revolucionarios": su episodio fundador fue el "sangriento resultado" de la "pululación de sectas religiosas y movimientos políticos" en la guerra civil inglesa.⁷⁵ De igual manera, la base del orden democrático que finalmente le sucedió, la regla de la mayoría entrevista por primera vez por los *levellers*,* "no tuvo en general su origen en la decisión de una mayoría".⁷⁶ La capacidad de Bobbio para registrar los orígenes insurgentes del *Rechtsstaat*, o la matriz coercitiva de una democracia consensual, no es sólo un botón de muestra de su libertad frente a la piedad *bienpensant* de tipo convencional. Refleja esa estirpe de su realismo que deriva de la tradición de los teóricos italianos de élite. Aunque esta tradición se inició bajo la saturnina apariencia del conservadurismo de Mosca y Pareto, en la siguiente generación pasó a manos de demócratas moderados: hombres como Burzio y Salvemini, de los que Bobbio la asimiló sin ningún escrúpulo. "¿Qué régimen no es fruto de vanguardias conscientes y organizadas?", preguntó una vez a un interlocutor comunista.⁷⁷ "Los cambios cualitativos en la historia, o los procesos revolucionarios, son obra de minorías."⁷⁸

Las vías hacia el socialismo

Pero una vez establecido un orden político democrático, Bobbio excluye —taxativamente— su transformación mediante cualquier desarrollo de ese tipo. El pasado de la democracia liberal se contempla con un frío historicismo; su presente, con un absolutismo categórico. La influencia de Croce —famoso por la sangre fría de su historia de la libertad, a la que sirven incluso los crímenes cometidos contra ella— subyace en la primera de las dos actitudes; el recurso a la teoría del derecho natural, de la que Croce execraba, subyace a la segunda. Al pulsar tácitamente los dos registros, el idealismo germano-italiano y el empirismo anglo-francés, Bobbio resulta indudablemente inconsistente. Pero no contraviene al liberalismo común, que virtualmente exige alguna amalgama de este tipo.⁷⁹ La dificultad para él surge en

74 *Quale Socialismo?*, cit., p. 74; WS, p. 91.

75 *Politica e Cultura*, cit., p. 55; *Liberalismo e Democrazia*, cit., Milán, 1985, p. 35. Este último texto contiene el más largo examen de Bobbio sobre las variantes históricas y las vicisitudes del liberalismo del siglo xrx, incluida una aguda revaloración de Mill.

* Partido republicano y democrático que surgió en Inglaterra en la época de la guerra civil y el Commonwealth (1645-1660); primer partido político en la Europa moderna. [T.]

76 *Liberalismo e Democrazia*, cit., p. 36; "Democrazia e maggioranza", *Revue Européenne des Sciences Sociales*, XIX, 1981, ns. 54-55, p. 378.

77 *Politica e Cultura*, cit., p. 55.

78 "La regola di maggioranza e i suoi limiti", en V. Dini (comp.), *Soggetti e Potere*, Nápoles, 1983, p. 20.

79 La filosofía del derecho de Bobbio revela la misma tensión. Por una parte, ha sido un exponente más resuelto del positivismo legal que el propio Kelsen, y señala el carácter históricamente contingente de la "norma fundamental" de este último, norma que sólo se puede ver como una expresión de la "ideología liberal". Por otra parte, comparte los valores del *Rechtsstaat* tal como fueron en esencia concebidos por Kelsen, y por tanto se ve llevado hacia una posición de derecho natural del mismo tipo que fue objeto de la crítica positivista original, aunque ahora traspuesta a lo que Bobbio califica de "plano metajurídico". Para un delicado desenmarañamiento

el paso siguiente. Porque todos los países en que prevalece la democracia liberal son capitalistas. ¿Cómo entonces, dentro de ese marco, se puede alcanzar el socialismo? La honestidad y la lucidez de Bobbio no le permiten evadir u ocultar el problema. Tampoco le da ninguna respuesta definitiva; las vacilaciones de su pensamiento son evidentes aquí. Pero al final de la jornada, la conclusión hacia la cual se inclina es inequívoca. Porque sí examina las únicas dos estrategias coherentes de que dispone para alcanzar un socialismo que signifique algo. Según sus términos, se trata de: reformas estructurales desde arriba, o bien ampliación de la participación democrática desde abajo. ¿Cuál es su veredicto sobre una y otra? Expresa un escepticismo letal respecto a ambas. Al escribir sobre las reformas estructurales, pregunta:

Supongamos que se puede lograr una transformación total mediante una serie de reformas parciales: ¿hasta qué punto está el sistema dispuesto a aceptarlas? ¿Quién puede excluir la posibilidad de que la tolerancia del sistema tenga un límite, más allá del cual se quebrará en vez de doblarse? Si aquellos cuyos intereses se ven amenazados reaccionan con violencia, ¿qué hay que hacer excepto responder con violencia?⁸⁰

En otras palabras, los mecanismos centrales de la acumulación y reproducción capitalistas pueden ser inherentemente resistentes al cambio constitucional, e imponer una lección básica que elimine la noción misma de reforma estructural: o respetar las estructuras o transgredir las reformas. El propio Bobbio nunca ha mostrado mucho interés por las reformas estructurales, cuya historia se extiende hasta los debates belgas y franceses de los treinta. Pero a menudo se ha referido a la posibilidad de una progresiva democratización de la sociedad civil, como hemos visto. Cabría esperar, por tanto, que mostrara una fe más ardiente en el potencial de esta estrategia. Pero en realidad su conclusión es igualmente fría.

Hay buenas razones para sospechar que una extensión progresiva de la base democrática de nuestra sociedad encontrará una barrera insuperable —digo insuperable dentro del sistema— a las puertas de la fábrica.⁸¹

El espacio para la reforma radical está cerrado por las propiedades mismas del orden económico que la exige. Tales dudas, concurrentes en su lógica, reducen eficazmente el terreno de la vía parlamentaria-democrática al socialismo, con la que Bobbio se compromete formalmente.

Además, se ven reforzadas por dudas todavía más radicales sobre cuál sería el destino de la democracia bajo el socialismo, una vez alcanzada una sociedad sin clases. Se ha visto que el liberalismo de Bobbio no es de tipo económico: nunca ha mostrado especial apego por el

de las contradicciones subsecuentes, ver Sergio Cotta, "Bobbio: un Positivista Inquieto", en Uberto Scarpelli (comp.), *La Teoría Generale del Diritto—Problemi e Tendenze attuale*, Milán, 1983, pp. 41-55. El mismo conflicto entre un rechazo intelectual y un compromiso político con los fundamentos del derecho natural se puede observar en el tratamiento que hace Bobbio de los derechos humanos. Estos, insiste vigorosamente, constituyen un cúmulo de demandas mal definidas, cambiantes, a menudo mutuamente incompatibles, ninguna de las cuales se puede considerar "básica", dado que lo que parece fundamental es siempre particular de una época o civilización dada. Por otra parte, ahora que todos los gobiernos reconocen su codificación en la Carta de las Naciones Unidas, los problemas de su fundamentación teórica se han resuelto mediante el advenimiento de su "universalidad fáctica". Por tanto, no hay necesidad de justificarlos filosóficamente, sino sólo de protegerlos políticamente. Para este corte del nudo gordiano, ver "Sul fondamento dei diritti dell'uomo" y "Presente e avvenire dei diritti dell'uomo" en *Il Problema della Guerra e le Vie della Pace* (primera edición), Boloña, 1970, pp. 119-57.

⁸⁰ *Quale Socialismo?*, cit., p. 85; WS, pp. 100-01.

⁸¹ *Quale Socialismo?*, cit., p. 85; WS, p. 101. De hecho, recientemente el alcance del escepticismo de Bobbio se ha ampliado de la fábrica a la sociedad civil en su conjunto. "La extensión de instancias democráticas a la sociedad civil parece ahora más una ilusión que una solución": "Introduzione", *Il Sistema Politico Italiano tra Crisi e Innovazione*, cit., p. 20. Compárese esta sentencia con la afirmación citada en la nota 68, supra.

mercado. Pero, por la misma razón, tampoco ha mostrado mucho interés por las alternativas económicas al mercado. El capitalismo como sistema de producción, distinguible de un conjunto de injusticias en la distribución, es en cierta forma apenas algo más que un fondo de referencia levemente censurable para Bobbio: rechazado en conjunto pero nunca analizado. En consecuencia, cuando piensa en el socialismo, el cambio en la propiedad de los medios de producción no contiene para él ningún valor positivo por sí mismo. Por el contrario, la socialización, más allá de los límites de la economía mixta, sólo tiende a conjurar el espectro de un Estado todopoderoso, ahora amo y señor de la economía así como de la vida política: un viejo temor liberal, por supuesto. El resultado es que Bobbio termina por predecir que no sólo existirán bajo el socialismo los mismos obstáculos a la democracia que bajo el capitalismo, sino que los peligros para ella serán en realidad mayores: "Estoy convencido de que en una sociedad socialista la democracia será todavía más difícil".⁸² Una conclusión paradójica para un socialista demócrata, por decir lo menos.

Pero estas dos reflexiones —la probable inviabilidad de una vía democrática al socialismo, los mayores riesgos que el socialismo acarrearía para la democracia— ponen en involuntario relieve la elección histórica última de Bobbio. Entre el liberalismo y el socialismo, él en la práctica opta por el primero. A veces justifica su preferencia alegando que en realidad ésa es la opción más radical. En cierto sentido, escribe, la democracia es "una idea mucho más subversiva que el socialismo mismo".⁸³ Tal pretensión no es hoy día de ninguna manera exclusiva de Bobbio. Su manera de redimirla también es frecuente: redefinir el socialismo como una especificación sectorial de la democracia o como una instanciación local de un concepto de orden superior. Así, declara su inclinación por una concepción del socialismo que "enfaticé el control del poder económico mediante una extensión de las reglas del juego democrático a la fábrica, o a la empresa en general, más que la transición de un modo de producción a otro" que implicaría una "colectivización general de los medios de producción".⁸⁴ El significado de esta operación —que se ha convertido virtualmente en un *topos* de las discusiones recientes— está en la sustitución que realiza. La reconceptualización del socialismo como, en esencia, una democracia económica responde a un doble propósito. Sirve a la vez para apropiarse la legitimación central del orden político existente para la causa del cambio social, y para evitar el obstáculo ideológico central que se opone a la implementación de ese cambio: a saber, la institución de la propiedad privada. Su lógica es la de un circunloquio: la palabra que no se quiere pronunciar es expropiación. Como tal, tiene tras de sí una larga tradición. De hecho el propio Mill fue probablemente el primer teórico explícito de tal concepción, al considerar el socialismo como el crecimiento gradual de una democracia industrial que podía permitirse dejar la propiedad capitalista de los medios de producción formalmente intacta, si elevaba a los trabajadores a los poderes gerenciales situados por encima de ellos "sin violencia o expropiación".⁸⁵ La misma operación intelectual,

82 *Quale Socialismo?*, cit., p. 83; WS, p. 99.

83 *Quale Socialismo?*, cit., p. 53; WS, p. 74. 84.

84 "La filosofía política", entrevista, *Mondoperaio*, enero de 1986, p. 115.

85 Mill tenía la esperanza de que las sociedades cooperativas resultarían tan exitosas que los trabajadores se resistirían cada vez más a seguir trabajando sólo por el salario. En estas circunstancias "tanto los capitalistas privados como las asociaciones gradualmente encontrarían necesario que todo el cuerpo de trabajadores participara de los beneficios". A través de este proceso, pensaba, podría finalmente producirse "un cambio en la sociedad" que "sin violencia o expropiación, sin siquiera ninguna perturbación súbita de los hábitos o expectativas existentes, realizaría, por lo menos en el departamento industrial, las mejores aspiraciones del espíritu democrático", llevando en última instancia a los capitalistas a prestar su capital a los obreros "a una tasa descendente de interés, y por fin, tal vez, incluso a trocar su capital por anualidades limitables". Mill desarrolló estas nociones en las ediciones de 1852 y 1865 de sus *Principles of Political Economy*: ver *Collected Works*, vol. III, Toronto, 1965, p. 793. De los escritores modernos, Dahl es aquel cuya inspiración más cerca esta de Mill en este punto. Ver sus argumentos en favor de la propiedad cooperativa y su concepción de los avances experimentales hacia ella en *A Preface to Economic Democracy*, cit., pp. 148-60.

realizada por los mismos motivos, se puede encontrar en Russell, para quien el "autogobierno en la industria" era "el camino mediante el cual Inglaterra puede mejor aproximarse al comunismo".⁸⁶ Dewey tenía su propia versión, al buscar superar "los métodos autocráticos de gestión" en las empresas, que eran "dañinos para la democracia" porque militaban contra "una verdadera comunicación en que se da y se toma" o la "libre conversación".⁸⁷ La reaparición de esta situación en Bobbio atestigua su persistencia como leitmotif de los sucesivos intentos por casar al liberalismo con el socialismo. Si sus frutos prácticos hasta la fecha han sido relativamente pequeños, ello se debe en parte a que las principales instituciones sociales no se dejan rodear sin dolor. Las prerrogativas de la propiedad privada constituyen un bastión inmensamente fuerte de la ideología dominante bajo el capitalismo, cuyo poder positivo se ve fortalecido aún más por el mensaje negativo que inculca la división del trabajo: que la jerarquía organizativa es condición de la eficacia industrial. Juntas, ambas cosas han representado hasta ahora un rival más que difícil para los llamados a la democracia económica, que muy rápidamente quedan convertidos en *ultra vires*. ¿Es fortuito que, contra las ampliaciones del sufragio sobre las cuales fueron optimistamente modelados, los derechos de codeterminación en la industria hayan resultado tan raras veces, si alguna, acumulativos; que hayan sido tan fácilmente diluidos o invertidos?

La permanencia del capitalismo

Bobbio es demasiado realista para no darse cuenta de estas dificultades. Su invocación de la democracia como más subversiva que el socialismo es más táctica que sistemática. No es allí donde se encuentra su verdadero pensamiento. Su verdadera convicción es precisamente la opuesta. "La aceptación de un régimen democrático presupone la aceptación de una ideología moderada", declara.⁸⁸ Porque "las decisiones mayoritarias en un orden político basado en el sufragio universal permiten cambios *en* el sistema, pero no permiten cambios *de* sistema".⁸⁹ La permanencia del capitalismo como orden social se convierte, en otras palabras, en premisa de cualquier participación efectiva dentro del Estado representativo. Paradójicamente, como el propio Bobbio señala cándidamente, esto no significa que si el capitalismo es intocable, la democracia será en consecuencia inviolable. La historia ha demostrado lo contrario: "no se puede dar un salto cualitativo mediante la democracia, pero se puede morir mediante la democracia".⁹⁰ Si aún está por verse una vía parlamentaria al socialismo, la experiencia italiana y alemana entre guerras es un recordatorio de que existe una vía parlamentaria al fascismo. Hay que encarar esta realidad incómoda. Para Bobbio, ello no atenúa el valor de la democracia liberal, sino que resalta la necesidad de salvaguardas

⁸⁶ "Los capitalistas valoran dos cosas, su poder y su dinero; muchos individuos entre ellos valoran sólo el dinero. Es más sabio concentrarse primero en el poder, como se hace al buscar el autogobierno en la industria, sin confiscar los ingresos capitalistas. Por este medio, los capitalistas se convierten gradualmente en zánganos evidentes, sus funciones activas en la industria se vuelven nulas, y pueden ser en último término desposeídos sin que se produzca una dislocación y sin la posibilidad de ninguna lucha eficaz por su parte": *The Practice and Theory of Bolshevism*, Londres, 1920, p. 183. Hay que decir que en otros lugares Russell no dio tantos motivos para pensar que los capitalistas defenderían tan poco su poder, como algo separado de sus ingresos —el tema de *Power; a Social Analysis* sería más bien lo contrario— o para asumir que un resultado evidente para sus posibles desposeedores no lo sería también para ellos.

⁸⁷ *German Philosophy and Politics*, Nueva York, 1942 (reedición), p. 46. Aquí como en otros lugares Dewey anticipaba temas centrales de los escritos de Habermas. Al sostener que Estados Unidos necesitaba una filosofía que "articulara los métodos y los fines del modo de vida democrático", afirmaba que "la filosofía que formule ese método será una filosofía que reconozca la primacía de la comunicación", dado que "los prejuicios relativos al estatus económico, la raza y la religión ponen en peligro la democracia porque levantan barreras a la comunicación, o desvían y distorsionan su funcionamiento": pp. 46-47.

⁸⁸ "La filosofía política", cit., p. 114.

⁸⁹ "La regola della maggioranza e i suoi limiti", cit., p. 20.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 21.

constitucionales para protegerla.

Estas son, al final, su principal preocupación. De los dos problemas —"¿quién gobierna? y ¿cómo gobierna?"—Bobbio declaró sin dificultad en 1975: "no puede haber duda de que el segundo ha sido siempre más importante que el primero".⁹¹ *Siempre*: en otras palabras, lo que importa no es qué clase domina, sino la forma en que domina. Aquí se hace manifiesta la opción de Bobbio, en el nivel más profundo, a favor del polo liberal de su pensamiento. Por la misma razón, de las dos críticas de la democracia representativa que encontramos en sus escritos, es la crítica conservadora y no la socialista la que tiene peso final. En sus escritos más recientes, esa crítica incluso tiende —según una figura familiar— a convertirse en una apología perversa. Así, haciendo de la necesidad virtud, Bobbio puede escribir: "La apatía política no es en modo alguno un síntoma de crisis en un sistema democrático, sino que generalmente es signo de buena salud".⁹² Significa una "benevolente indiferencia" a la política como tal, que se funda en el buen sentido. Porque en las sociedades democráticas los grandes cambios sociales generalmente no son resultado de la acción política en absoluto, sino del progreso de las capacidades tecnológicas y de la evolución de las actitudes culturales: procesos moleculares involuntarios, más que intervención legislativa deliberada. Tal "transformación continua" a través de la corriente de las invenciones y la adaptación de las *mores* reduce mucho la importancia incluso del "reformismo tradicional", importancia que la socialdemocracia —con toda su moderación— ha sobreestimado típicamente.⁹³ En estas condiciones, es mejor aceptar la agenda política de una competencia limitada entre élites que arriesgar la estabilidad del marco constitucional planteándole demandas demasiado ambiciosas. Bobbio expresa esto con su habitual vivacidad de expresión: "Nada corre un riesgo mayor de matar a la democracia que un exceso de la misma".⁹⁴ Una hermosa fórmula elitista.

IV. CONCLUSIONES, PREGUNTAS

¿Cómo habría de juzgar esas caídas finales? Se puede buscar su significado en dos niveles. En uno de ellos, reflejan sin duda una cierta experiencia biográfica que ha conformado profundamente a Bobbio, y de la cual está completamente consciente: a saber, un desengaño específicamente italiano. En ningún país de Europa occidental, podríamos decir, se pusieron en la izquierda esperanzas políticas tan altas al terminar la guerra como en Italia, que había producido la mayor Resistencia popular, el fermento intelectual más vital, el movimiento obrero radical más amplio: es un momento cuyo recuerdo no se ha extinguido enteramente ni siquiera hoy día, y algo del cual pervive en el aura internacional del PCI. Pero en ningún país, tampoco, se destruyeron tan radicalmente esas esperanzas durante las décadas siguientes. Los textos de Bobbio constituyen un prisma cristalino de esta historia. En 1945, declaraba que "el expediente del sufragio universal cierra el experimento democrático bajo la forma de la democracia indirecta", y en nombre de las ideas federales de Cattaneo, defendía ardientemente el avance hacia la "democracia directa" mediante una "multiplicación de las instituciones de autogobierno".⁹⁵ Veinticinco años más tarde, al republicar ese ensayo junto

91 *Quale Socialismo?*, cit., p. 38; WS, p. 61.

92 *Il Futuro della Democrazia*, cit., p. 61; FD, p. 67.

93 "Riformismo, socialismo, eguaglianza", *Mondoperaio*, mayo de 1985, pp. 67-68.

94 *Il Futuro della Democrazia*, cit., p. 13; FD, p. 31. La idea es tan vieja como la oligarquía romana. Cf. Cicerón, "Un exceso de libertad por sí mismo reducirla a un pueblo a la servidumbre": *Republic*, I, 68.

95 "Stati Uniti d'Italia", republicado en *Una Filosofia Militante. Studi su Carlo Cattaneo*, Thrin, 1979, p. 55. En 1946, Bobbio recuerda que, cuando el *Partito d'Azione* atravesaba la agonía de su crisis interna, "Yo tronaba contra la idea de dar nacimiento a un partido de clase media que meramente restaurarla la vieja democracia parlamentaria que había matado el fascismo". Véase su reciente contribución al número especial de *Il Ponte* sobre el liberalsocialismo: XLII, n. 1, enero-febrero de 1986, p. 145 (texto que también contiene algunos agudos

con otros, lo presentaba con las siguientes palabras:

No escondo el hecho de que la hoja de balance de nuestra generación ha sido desastrosa. Perseguimos las "seducciones alcinescas" de la Justicia y la Libertad; hemos logrado mu escasa justicia y estamos tal vez perdiendo la libertad.⁹⁶

Estas líneas fueron escritas en el año —para Bobbio— amargo de 1970. Su temor de que la libertad obtenida con la Liberación resultara "fútil", dilapidada por el orden establecido y luego destruida por la subversión terrorista contra él, llegó a su paroxismo en la época siguiente. Para mediados de los ochenta, consideraba que el peor peligro había pasado y podía observar con alivio la relativa estabilización de la democracia italiana. Los términos que utilizaba apenas podían considerarse, sin embargo, como un tributo al espíritu cívico de la nación:

Se puede ser libre por convicción o por mero hábito. No sé cuántos italianos son verdaderamente amantes de la libertad. Tal vez haya unos cuantos. Pero hay muchos que, habiendo respirado la libertad durante muchos años, no podrían vivir sin ella, aunque no lo sepan. Para emplear en otro contexto una famosa frase de Rousseau, los italianos viven en una sociedad en la que —por razones que muchos ignoran o les son indiferentes— están "obligados a ser libres" por fuerzas mayores que ellos mismos.⁹⁷

Pero esta conclusión, que retira las predicciones más apocalípticas que Bobbio formulara en la década anterior, no ha suavizado sustancialmente su balance histórico de la República que luchó por crear. Al reivindicar los valores de la Resistencia, una batalla en la cual "no estábamos equivocados", ha recordado recientemente una vez más la brecha existente entre los "ideales de ayer" y la "realidad de hoy", y escribe:

Hemos aprendido a encarar la sociedad democrática sin ilusiones. No estamos más satisfechos. Nos hemos vuelto menos exigentes. La diferencia entre nuestras preocupaciones de entonces y las de ahora sólo reside en eso. La calidad de nuestra vida común en general no ha mejorado, de hecho en algunos aspectos ha empeorado. Somos nosotros quienes hemos cambiado, volviéndonos más realistas y menos ingenuos.⁹⁸

Esta franca confesión explica en gran medida la aparente adaptación de Bobbio al descolorido minimalismo del orden representativo en Italia, su disposición para encontrar razones —o consuelos— para la mortificación del interés popular por la política, bajo élites cuya dieta durante tanto tiempo ha consistido en apenas algo más que pan y escándalos. Ha explicado su propia visión de esa escena con su característica franqueza autocrítica. Tras desarrollar la casuística del conformismo antes citada —el carácter benévolo de la indiferencia política, las necesarias limitaciones de las alternativas políticas— señalaba:

No sé si las reflexiones que acabo de formular se pueden considerar en general razonables y realistas. Pero sé que serán consideradas desilusionantes y desalentadoras por quienes, enfrentados a la degradación de la vida pública en Italia, el vergonzoso espectáculo de la corrupción, la ignorancia pura y simple, el carrerismo y el cinismo con los que la mayoría de nuestros políticos profesionales nos obsequian todos los días, piensan que los canales

comentarios sobre el destino del PSI).

96 *Una Filósofa Militante*, cit., p. XI.

97 *Perfil Ideológico del Novecento Italiano*, cit., p. 183.

98 *Italia Civile*, cit., p. 6.

que el sistema permite son insuficientes para producir reformas y más aún para transformarlo radicalmente.

Dirigiéndose a ellos, Bobbio continuaba: "Quien escribe pertenece a una generación de personas que perdieron sus esperanzas hace más de treinta años, poco después del final de la guerra, que nunca las recobraron excepto en momentos ocasionales, tan raros como fugaces y que a nada llevaron. Tales momentos llegaban a una tasa de uno por década: la revocación de las *Legge Truffa* (1953), la formación del Centro-Izquierda (1964), el gran resurgimiento del PCI (1975)."

Como alguien que ha pasado por muchos años de esperanzas frustradas, he aprendido a resignarme a mi propia impotencia... Pero acepto plenamente que estos argumentos no tengan peso alguno para los jóvenes de Italia, que no han conocido el fascismo y que sólo conocen esta democracia nuestra, que es menos que mediocre, y que por tanto no están igualmente dispuestos a aceptar el argumento del mal menor.⁹⁹

Tales sentimientos, y la experiencia que está tras ellos, distinguen a Bobbio de sus grandes predecesores. No hay razón para dudar de su sinceridad. Pero en un aspecto no le hacen justicia. Hay una diferencia entre ideal e influencia. El desengaño no es necesariamente impotencia. Las primeras esperanzas de Bobbio no se realizaron, pero resulta notable cuántas veces sus admoniciones más recientes han sido atendidas. Si comparamos su récord con el de Mill o Russell o Dewey, resulta claro que Bobbio nunca ha sido un pensador original en aquel mismo sentido. El es el primero en subrayar el carácter derivativo de sus principales ideas, carácter que para él es un rasgo común de la cultura italiana de la posguerra que la distingue de la de los primeros años del siglo.¹⁰⁰ Pero su impacto político sobre su propia época ciertamente ha sido mayor que el de sus predecesores. Bobbio en efecto aconsejó el eurocomunismo al PCI, y previó su adopción, veinte años antes del hecho. Desempeñó un importante papel en el abandono de su pasado marxista por parte del PSI. Colaboró a desechar el reto de la Extrema Izquierda en esa misma época. Anticipó que los dos grandes partidos del movimiento obrero italiano repudiarían la noción de una Tercera Vía. Resulta difícil pensar en otro intelectual que haya tenido un efecto tan real y visible sobre el clima político de su país desde la guerra.¹⁰¹ En sucesivos debates, Bobbio se ganó su influencia no sólo mediante una infrecuente combinación de dotes de expresión y erudición, sino mediante una singular transparencia y probidad personal. Incluso al defender posiciones cada vez más neomodernas contra las críticas más que justificadas de los opositores radicales, siempre ha brillado su superioridad moral e intelectual sobre ellos.

Sin embargo, ese moderadismo ha terminado, como hemos visto, por poner en duda todo el proyecto de casar al liberalismo con el socialismo. Mill calificaba los esquemas socialistas de "quiméricos", antes del cambio de postura con que inició la historia de los intentos teóricos por unirlos con los principios liberales. Bobbio, tras participar en el movimiento práctico del *Partito d'Azione* para lograr ese socialismo liberal, ha llegado a calificar a éste de "quimérico": "nada más que una altiva veleidad".¹⁰² Más allá de los motivos históricos de esta

99 *Il Futuro della Democrazia*, cit., pp. 64-65; FD, pp. 70-71.

100 "Todo lo que entonces se hizo revela prisa e improvisación y carece de originalidad. Éramos, en el mejor de los casos, popularizadores." *Maestri e Compagni*, cit., p. 26.

101 La única gran excepción a este expediente sólo le hace honor: su oposición a las armas nucleares. Ver sus amargos comentarios sobre la total indiferencia al tema de la política y la cultura oficiales italianas, en la segunda edición de *Il Problema della Guerra e le Vie della Pace*, Milán, 1984, pp. 5-7: "quienes tocan la alarma son como perros que aullan a la luna".

102 *Una Filosofia Militante*, cit., p. 201; *Liberalismo e Democrazia*, cit., p. 62: "Mientras la conjugación del liberalismo y el socialismo ha seguido siendo hasta ahora una altiva veleidad, la creciente identificación del

ironía, inscritos en la propia experiencia política de Bobbio, también había un motivo intelectual. Desde el principio, su formación teórica incluía no sólo un filón socialista y un filón liberal, sino también un filón conservador. Bobbio siempre ha sido sincero, admirablemente progresista en sus simpatías e intenciones personales: según cualquier criterio, un pensador ilustrado de nobleza. Pero lo que sus escritos parecen mostrar es un patrón de afinidades electivas en funcionamiento, a pesar de esas intenciones. En los textos de Bobbio, el socialismo liberal se revela como un compuesto inestable: los dos elementos — liberalismo y socialismo—, tras atraerse en apariencia, terminan por apartarse y, en el mismo proceso químico, el liberalismo se mueve hacia el conservadurismo.

¿Qué tan representativa es dicha recombinação? Más allá de todas las circunstancias italianas, ¿hasta qué punto son esas afinidades electivas operativas de un modo más amplio — independientemente de la voluntad de los pensadores individuales— en el pensamiento político moderno? Como término, el liberalismo apareció por primera vez en el mundo como estandarte del 18 Brumario del año VIII, cuando Napoleón puso fin a la Revolución Francesa, declarando que tomaba el poder para "proteger a los hombres de ideas liberales".¹⁰³ Durante todas sus vicisitudes subsecuentes, ese motivo original tal vez nunca ha desaparecido del todo. Pero también es cierto que el Primer Imperio generó en otros lugares una recepción más radical de la idea (el mismo término inspiró en España la primera revolución europea contra la Restauración). Cuando el Viejo Orden se vio desafiado a escala continental, en 1848, empezó el recurrente intento por ampliar el liberalismo más allá de sí mismo, para abarcar a nuevas clases sociales y nuevos valores. Hasta la fecha, lo sorprendente es la desproporción entre las credenciales intelectuales y los resultados políticos de los sucesivos proyectos que vinieron después. A pesar de toda la buena voluntad y el talento invertidos en ella, la síntesis del liberalismo y socialismo no ha llegado a prender hasta ahora. Esto no significa que así tenga que ser siempre. Las energías renovadas que esa concepción atrae actualmente —ya que ¿quién podría desear un socialismo iliberal?— tal vez apunten en la otra dirección. Es demasiado pronto para decirlo. Pero cierta noción de la historia de esa empresa probablemente será una condición para reemprenderla con éxito.

[Tomado de *New Left Review*, n. 170, Londres, 1988. Traducción de Paloma Villegas]

liberalismo con las fuerzas del mercado es una realidad incontestable."

103 Otto Brunner, Werner Conze, Reinhart Koselleck (comps.), *Geschichtliche Grundbegriffe*, t. III, Stuttgart, 1982, pp. 749-51.